**Gabino**

Gerardo Luzuriaga

Nazar 6 de octubre de 2015

1. **Dos asesinatos.**

A las 11 de la mañana, Primitivo atropelló a un hombre que circulaba con su bicicleta por su lado de la carretera recientemente inaugurada. Allí mismo, en la misma revuelta grande, en un lado de la cuneta quedó el cadáver del hombre de 35 años, presentaba un golpe seco en la cabeza.

Pasados seis meses tuvo lugar el juicio en el juzgado de paz de la misma localidad. Primitivo quedó absuelto, tanto el fiscal, como el juez consideraron el suceso como un simple infortunio.

En agosto del mismo año, alrededor de las 2:30 de la tarde, un hombre vestido con una chamarra de invierno salió apresuradamente de casa, atravesó el pueblo, sin saludar y sin mirar a nadie. Ni reparó en su mejor amigo, el cual estaba picando la guadaña a la sombra, bajo el nogal de la Pinta. Cruzó la villa en un santiamén, tomó el camino del camposanto hacia Mataverde.

Cinco minutos después se oyeron dos tiros, a pesar de no ser época de caza, nadie les dio importancia, hasta que llegó la mujer de Primitivo fuera de sí, sin resuello, con las manos en la cara, corriendo por las calles abajo y gritando: ¡Han matado a mi marido! ¡Han asesinado a Primitivo!

Cuando llegaron los vecinos, el cuerpo de Primitivo estaba tendido encima de una manada de cebada recién cortada, con el pecho destrozado y completamente ensangrentado.

El autor de los disparos pasó 22 años en la cárcel de Pamplona abandonado, sin visitas, sin ayuda alguna de amigos, ni de familiares, hasta que murió a consecuencia de una tuberculosis contraída en la cárcel y nunca tratada.

1. **El valle de La Berrueza**

Hermenegildo después de atravesar el pueblo de Mués toma la senda hacia la basílica de San Gregorio.

* ¡Arre, arre!
* Vamos, ya falta poco. No tenemos más que llegar antes del anochecer para que el sacristán, familiar lejano, nos prepare una merecida cena.

Al llegar al alto de San Gregorio, se encontraron con un hombre regordete de unos 50 años, de tez blancuzca, tal como se lo habían descrito en el pueblo, el cual les preparó una buena cena y una cama apropiada para el lugar.

A la mañana siguiente se levantaron temprano y aprovechando la frescura del verano Hermenegildo atraviesa un pinar y coge una pista de piedras en dirección a Mendaza.

La basílica presenta un aspecto majestuoso, los rayos solares se reflejan en las cerámicas de colores de la cúpula.

* ¡Sooooo!!Sooo!

Se detienen ante un grupo de labradores. El único que parece hacerles caso es un mocete que no tendría más de diez años, el resto siguió segando como si nada ocurriese.

* Buenos días. ¿Nos podríais señalar el camino para Santa Cruz de Campezo?

Sin dejar la hoz, el que aparentaba ser el más viejo del grupo le hizo signos de asentimiento con la cabeza.

* ¿Qué tal la cosecha, siguió preguntando Hermenegildo?
* Bueno, tirando, parece que iba a ser buena, pero los últimos calores de estas semanas han apurado los campos. De paja bien, pero al final no ha granado como debía, al final la cosecha será bastante peor que otros años.
* Vaya por Dios, tampoco por nuestra tierra, la ribera, ha sido un buen año.
* ¡Arre, arre!

No han recorrido ni cien metros cuando las campanas de la Iglesia de Asarta rompen la tranquilidad reinante. Todo el grupo al unísono dejan las hoces, zoquetas y rastrillos en la renque y se arrodillan para rezar el Ángelus.

Desde aquel lugar se contempla a la lejanía la basílica de San Gregorio Ostiense, erigida en el alto de una colina en honor al obispo italiano de la ciudad de Ostia, el cual estuvo evangelizando las tierras de La Rioja, y según cuenta la leyenda les ordenó a sus seguidores que una vez que él muriese lo atasen a una mula y allí dónde se parase por tercera vez construyesen una ermita con el dinero que el obispo había dejado. El santo y la basílica es muy visitada por los agricultores de la zona y los alrededores, hasta el punto de haberse convertido en un lugar de peregrinación. A San Gregorio se le atribuye el poder de alejar las plagas que asolaban los campos de los cereales. La ermita de San Salvador de Peñalba, con el paso de los siglos se convirtió en la basílica de hoy día.

Los ladridos de los perros anuncian que se acercan a una población. Las casas no se distinguen del paisaje, casas de color ocre pardo, fabricadas con losas lisas y estrechas; no tardan más de dos minutos en atravesar la población, se alejan sir ver persona alguna, aunque tienen la sensación de haber sido vigilados a través de los cristales de las ventanas. Salen a las cuatro suelas de aquel poblado.

Diez minutos después llegan a un despoblado en que no quedan en pie más que cuatros casas viejas y una iglesia derruida, alrededor de la cual pastaba un rebaño de unas 200 cabras.

Siguen la calzada entre viñas, y árboles frutales y llegan a otra población bastante similar a las anteriores; aquí sin embargo, se encuentran con una población más amable. Deciden comer en la fonda, dónde la sirvienta tan habladora como elegante les prepara una suculenta liebre en su salsa.

Atraviesan la Sierra de Codés por el puerto de Nazar, abandonando definitivamente este precioso valle de La Berrueza rodeado de montañas.

1. **Adolescencia**

Recién cumplidos los 8 años esperaba con impaciencia que diesen las 8 de la mañana, para con las primeras campanadas salir corriendo para la parroquia. Entre el primer toque y el segundo preparábamos las ropas de celebrar misa del párroco, y las nuestras de los monaguillos. Coincidiendo con el segundo toque de campanas las chicas ya se habían sentado en los primeros bancos del lado derecho de la iglesia, el que correspondía a las mujeres.

Entre el segundo y el tercer toque los monaguillos ya vestidos con la túnica blanca y el cíngulo rojo salíamos una y otra vez de la sacristía al altar, o al coro con cualquier excusa. Todo valía con tal de intercambiar una mirada con las chicas, salíamos a encender las velas, o las luces, cambiar las flores del lugar, llevar las vinajeras, preparar el libro de lecturas, alisar un paño… Cualquier pretexto era buena disculpa para cruzar la mirada con Francisca, sentada siempre en la esquina más de la derecha del primer banco de la derecha, el lugar más cercano de la sacristía. Eran momentos especiales.

Estos momentos antes de la misa, y especialmente los de la comunión se fueron convirtiendo en instantes sagrados e inolvidables. Sobre todo, en el momento de colocar la patena sobre el pecho de Francisca. Sin duda fueron estos pequeños guiños de juventud, repetidos semanalmente los que crearon un halo de mutua complicidad.

Fue con 12 años, cuando noté que estos coqueteos con Francisca, también eran correspondidos por ella, la primera vez ocurrió en el portal de la escuela, medio oscuro y la puerta medio cerrada, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo, estaba ensimismado con la presencia y la mirada de Francisca, que ni reparé que llegaba la maestra. Al despedirnos me pareció intuir una sonrisa pícara en el rostro de Francisca, que perduró en la memoria bastante más que aquella tarde.

Desde aquel día esas miradas comenzaron a crear nuevas sensaciones.

Tendría unos 16 años, todavía con pantalón corto cuando le pedí baile por primera vez, no sin dudarlo varias veces y la extrañeza de sus amigas. ¡Pues no era normal que una Aranaz bailase con un hijo del Carbonero!

* ¿Francisca, bailas?
* Sí.

Sólo el simple roce de las manos me hizo recorrer un suave escalofrío de arriba abajo.

* No sé bailar, me comentó.
* Tranquila, yo tampoco. Mueve las piernas, haz lo que yo haga.

El baile no duró mucho, pero fueron momentos inolvidables. Uno-dos, uno-dos, vuelta, dos pasos.

1. **Juventud**

Nueve años después, otro día de fiestas, se oye un murmullo en el baile.

* Gabino se ha licenciado
* ¿Pero no se licenciaba para Navidades?
* Sí, sí; pero parece que se ha licenciado antes.

Eran las 12 de la noche, todo el vecindario estaba en la plaza, los músicos de las Amescuas, Rufino y su mujer, se disponían a tocar la segunda pieza de la noche, cuando llegué al pueblo, sin pensarlo dos veces fui dónde Francisca y le pedí baile.

* Sin andarme con rodeos, le comenté, quiero casarme contigo.

De repente llegaron los mozos, se armó las de Cristo en verso.

* ¡Has vuelto!
* ¡Ven aquí!
* ¿Qué haces ahí bailando?
* Ya tendrás tiempo de sobra para bailar más tarde.
* ¡Vamos a probar el vino de las bodegas!

Se armó un gran revuelo, todos los mozos a una abrazándome, me cogieron entre unos cuantos y me zarandearon como una pluma. Fuimos a recorrer las bodegas, una por una, no dejamos ninguna.

Al día siguiente Primitivo se levantó más temprano que el resto de los días. Se sentó en el sillón de paja del comedor esperando a que se levantase el resto de la familia.

Una vez todos reunidos, Primitivo expresó de forma vehemente lo que había estado rumiando durante toda la noche:

* Francisca, tienes todos los pretendientes que quieras. ¿A quién se le ocurre bailar con el hijo del Carbonero? No permito que andes en tonterías, de aquí en adelante sé prudente. No saldrás en el resto de las fiestas. El jueves que viene, día de mercado concertaré la boda con el padre del Josetxu de Mendaza, ya lo tenemos de sobra apalabrado. La boda se celebrará dentro de dos meses.
* No te puedes ni imaginar lo qué has dado que hablar, no se habló de otra cosa en la taberna ayer noche.

Primitivo conforme iba hablando se iba encolerizando más. ¡Con quién y con el hijo del Carbonero! ¡Con esos que no tienen ni tres termones dónde caerse muertos!

Justo cuando Francisca iba a responder se encontró con la mirada de su madre, pidiendo piedad. Fue suficiente para que no abriese la boca.

Primitivo estaba fuera de sí, tenía el rostro desencajado. La madre intentó encontrar alguna palabra conciliadora, aunque lo único que hizo es empeorar la situación, en realidad tampoco ella sabía lo qué decir, pues no comprendía cómo su hija podía haber bailado con uno que no era de su condición, pero por otro lado se veía en la obligación de mediar de alguna manera ante su hija. Lo dejó para ocasiones más oportunas, la situación tan tensa le impidió gesticular palabra, silencio que le pesaría durante el resto de sus días.

Francisca, se retiró a su habitación a desahogarse.

Gabino:

No hay derecho. Tan cerca y tan lejos. Mi amor. En definitiva para vivir lejos, muy lejos. Más lejos imposible.

De aquí en adelante no nos veremos más. Entiéndeme mi amor. Aunque el corazón me pide lo contrario, la razón manda también en este caso. No nos queda más remedio que vivir en soledad. Separados.

Ten siempre presente estas palabras, estés donde estés, sea el día que sea, siempre te querré, siempre te tendré en el recuerdo. No existirá otro más que tú. Me consuela el saber que los dos estamos sufriendo el mismo tormento.

No nos queda otro remedio. Perdóname no ser más atrevida, me faltan las fuerzas para desobedecer a los padres.

Gabino, llora lo que sea preciso. No puedo más. No te rebeles. Lo primero es lo primero y la palabra de los padres es sagrada.

Francisca, mi amor:

El paso del tiempo no me consuela, que los dos suframos no me alivia. Todavía sigue viva la llama que se encendió hace años. Cariño, no cedo, los dos juntos le haremos frente. Ten presente que yo también siempre te amaré, suceda lo que suceda, allá donde estés; pero esa no es la solución.

Mantengamos la llama del amor viva. Sigamos la ruta que nos marca el corazón. No puedo vivir sólo de los recuerdos.

Sueños imborrables, pero que algún día espero hacerlos realidad. Los dos juntos.

Más de una vez me despierto junto a ti, abrazados, camino de la era, unidos por la cintura, atravesando las calles sin prisa, sin que nos importe la gente, para acabar haciendo el amor en el hueco debajo de la encina, justo la que está debajo de la roca. Allí medio escondidos, medio al aire libre. Besándonos, sin movernos.

No quiero perderte. Quiero tenerte para siempre. No cedas, resiste.

El fuego que encendimos hace ya años me da ánimo para seguir luchando. Estoy preparado para esperar lo que haga falta. Resiste. No hay nada que sea capaz de apagar la llama de nuestro amor.

Tan pronto como Francisca acabó de leer la carta, roto el corazón, se retiró a un rincón de un pajar alejado de la casa, donde nadie la pudiese molestar, a llorar desconsoladamente, lejos de todos.

* Ave María Purísima,
* Sin pecado concebida.
* Padre hace tres días que no me he confesado.
* Dime hija, cuáles son tus pecados.
* He tenido pensamientos carnales.
* ¿Varias veces hijas?
* Sí
* ¿Y han sido consentidos?
* Sí
* ¿Cuántas veces?
* No lo sé, diría que cientos
* ¿Qué clase de pensamientos han sido?
* Feos, muy feos, padre.
* ¿Tú sola, o aparecen otras personas en esos sueños?
* Sí, padre
* ¿Sí, qué?
* Sí, con un hombre, padre.
* ¿Con quién?

El silencio, la oscuridad y el fresco de la parroquia se rompió con el estruendo de un trueno, el rincón oscuro dónde estaba colocado el confesionario, y también la cara blanquecina del cura resplandeció por un instante con la luz que entró por el ventanal de un costado del templo. El silencio, la oscuridad de la iglesia se mezclaron con las palabras del cura y se convirtieron en intranquilidad y desasosiego.

* ¿Quién, Quién?
* ¿Con quién, con quién cometes esos actos impuros?
* Gabino, con Gabino.
* ¿Gabino? ¿El hijo del Carbonero?
* Tienes que quitártelo de la cabeza. En verdad, es por tu bien. Aparte de que es un pecado mortal. De aquí en adelante cuando te vengan esos pensamientos imagínate el fuego eterno. Te ayudará.
* Tienes que permanecer pura y limpia para tu futuro esposo. Pura y limpia también de pensamiento. Tan pecado es el que se comete realmente como el que se imagina, o más pues éste se puede cometer una y otra vez. La imaginación es el verdadero pecado de este mundo.
* Tienes que acercarte inmaculada al altar.
* Ego te absolvo…
* Pero, ¿Cuál era el otro pecado?
* Padre, pongo en duda lo que mis padres me aconsejan.
* Hija, hija, este pecado es tan grave como el anterior.
* Es preciso respetar y obedecer a los padres. Nunca yerran, nunca se equivocan. Todo lo hacen por la seguridad y el bien de los hijos. Igual ahora no lo entenderás. Eres joven, y tienes la cabeza sin asentar. Al igual que los animales preservan a sus crías de los enemigos, cuidan nuestros padres de nosotros, y no quieren más que lo mejor para sus hijos. No tengas duda alguna, obedece y haz lo que tus padres te aconsejan. Son buenos cristianos. Lo que ahora se te hace incomprensible con el paso del tiempo lo comprenderás y estarás siempre agradecida a tus padres.
* Ego te absolvo…

Las siguientes semanas fueron tormentosas, hasta el punto de caer enferma en cama. Las palabras del cura se mezclaban con las palabras escritas por Gabino, y los sentimientos de mi corazón.

Una mañana a eso del amanecer, con las manos unidas y sin atrevernos a mirar hacia atrás, nos dirigimos carretera abajo. A las 7 en punto subimos al tren en Acedo. A las 9 llegamos al convento de las Clarisas de Estella, ya estaba esperándonos, Basilio. De pie, nervioso, no aparentaba 30 años. Tuvimos que esperar una hora a que llegasen los testigos, que también llegaban de Nazar en la Estellesa. La ceremonia no duró media hora.

Para la una y media ya estábamos de vuelta en el pueblo. Cada uno a nuestra casa, como si no hubiese ocurrido nada. Una semana tardaron Primitivo y su mujer en conocer la noticia. Inmediatamente la encerraron en el convento de clausura de las monjas de Los Arcos y la desheredaron.

Tras 6 largos meses de enclaustramiento, tras varias ocasiones fallidas, por fin llegó la ocasión de huir, en un momento en que la puerta principal se quedó abierta, y el resto de monjas se encontraban rezando maitines Francisca aprovechó para huir, andando llegó hasta Cábrega, dónde gracias a las recomendaciones del Padre Basilio, Gabino había encontrado trabajo como peón para los Marqueses de Cábrega.

Volvimos al pueblo, alquilamos la única vivienda que quedaba libre, ubicada en un callejón que no daba el sol, la única ventana exterior daba a un patio interior. Las 24 horas debíamos usar candelas y candiles; pero allí vivimos unos años inolvidables.

1. **Mayorazgo**

Paula, hermana de Gabino, siguió los pasos de su abuela y su madre, anteriores sirvientas en casa de Primitivo. A pesar, de que pasaba más tiempo en ella que en la suya propia, nunca tuvo la confianza suficiente y hasta le daba cierto respeto andar por ciertas zonas. Paula nunca se acostumbró a la oscuridad, los ruidos y los misterios de aquella mansión; por lo menos contaba con diez habitaciones, aparte de bodega, y horno de pan, varios corrales, pajares y graneros anexos a la vivienda.

Un día como cualquier otro cualquiera cogió el candil que estaba colgado del gancho detrás de la puerta, encendió la mecha, echó un poco de aceite y se dirigió a un granero en busca de avena para el ganado. Atravesó el oscuro y largo pasillo en dos zancadas, sintió una sombra tras ella, contuvo la respiración todo cuanto pudo; en balde, cada vez sentía más cercana la presencia de aquel extraño.

Las llamaradas alargadas del candil se entremezclaban con los suaves rayos de la luna que hacían que los muebles del pasillo pareciesen fantasmas en movimiento. Sintió los dedos sujetándole el extremo de la falda, se dio la vuelta y no era otro que Primitivo, el señor. Se tranquilizó.

Los anocheceres se fueron haciendo cada día más largos, tan solo en contadas ocasiones se alejaba de las habitaciones habitadas, aunque a veces se le hacía imprescindible salir a los corrales, bodega o graneros adosados a la vivienda principal, lo cual lo hacía siempre a regañadientes, e iba por los pasillos corriendo y sin atreverse a mirar hacia atrás.

Paula no era la única criada. Había épocas en que hasta 8 peones, dos criadas y la cocinera trabajaban en la casa.

Un día de febrero en que amaneció lloviendo, y no paró en todo el día, Benito, el hijo de Primitivo llegó del monte completamente empapado, se dirigió directamente a la cocina vieja con la intención de calentarse y secarse la ropa mojada, allí encontró agachada de espaldas a Paula avivando el fogón. Se le marcaban las formas redondeadas a través de la tela de la falda. Benito no pudo apartar la mirada a las curvas redondeadas del cuerpo joven y esbelto de la criada.

Justo ese fin de semana, en la tarde-noche del sábado los mozos hicieron mención a la belleza espectacular de Paula, seguro que no era la primera vez que hablaban en la taberna de Paula ante Benito, pero a éste así le pareció, hasta el punto que la conversación le hizo sentirse en cierto modo celoso.

 Al día siguiente se encontró con Paula en la cuadra.

-Hace calor hoy. ¿Eh?

-¿A dónde vas?

- Al tendedero a colgar la ropa.

-¿Has lavado el buzo azul?

-Sí, ahora voy a tenderlo.

-¿Tendrás tiempo para ayudarme a llenar unos sacos de cebada para llevar a moler?

 Paula no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. Ya tenía el sí en los labios cuando Benito aprovechó para pasarle el brazo sobre el hombro. Paula con un movimiento rápido, se soltó para ir en busca de sacos vacíos. A los dos minutos apareció con 12 sacos sobre el hombro, caminaba delante, moviendo las caderas. Sin prisa, medio en silencio.

Ya habíamos llenado y atado 6 sacos cuando se oyeron voces de dos peones que venían a realizar el mismo trabajo.

     -Buenos días, Benito.

     - Nos ha mandado Primitivo a preparar unos sacos para moler. Comentaron mientras miraban maliciosamente a la pareja.

La tarde del mismo día coincidieron de nuevo en el salón. Hacía un bochorno insoportable, en el salón semi oscuro se sentía la frescura que no había en el exterior. Benito se acercó a Paula y se sentó a su lado, con lo que consiguió una sonrisa complaciente de la muchacha, aunque al instante se levantó del banco corrido en que estaba remendando un calcetín para dirigirse a la fregadera a lavar unos cacharros que habían quedado de la comida en el pozo de la fregadera.

8 de abril, serían las 11 de la mañana cuando Benito volvió del campo en busca de más patatas para sembrar. Nada más atravesar la puerta del patio se encontró con Paula que estaba echándole de comer al perro atado junto al portalón principal. Le pareció más guapa que nunca, Paula llevaba aquel día el pelo negro suelto que la hacía más juvenil.

Acarició al perro, y agarrando por la cintura a Paula le acercó su cara. Paula sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo de arriba abajo.

* Ayúdame a partir estas patatas. Las tengo que llevar a la pieza lo antes posible. Necesitamos unos veinte kilos más por lo menos.

 Paula sin decir nada, se fue en busca de un cuchillo. Benito le siguió con la mirada. Se sentaron frente a frente en dos taburetes pequeños. Benito agarró suavemente a Paula por el hombro y la tiró al suelo. Sin perder tiempo le bajó las bragas, le apartó las piernas y se puso encima. Se abrazaron y besaron.

 Paula oyó unos pasos de mujer. Unos instantes después le pareció oír cómo se alejaban, tan suavemente como había llegado.

Benito intensificó los movimientos hacia adelante y hacia atrás. Paula tan pronto como sintió la humedad en su cuerpo, extendió los brazos y de un golpe apartó a Benito de encima, para dejarlo tumbado boca arriba.

Se levantó, se alisó la falda y se fue.

Pasados 5 meses, la madre siguió con la mirada triste los últimos pasos de Paula en el pueblo. Salió del municipio con la cabeza baja, sin mirar hacia atrás más que una vez para despedirse de su madre que se quedó en el umbral de la puerta con las lágrimas resbalándole por la mejilla. No se llevó más que el recuerdo de las lágrimas y el llanto desgarrador de su hermana. Era consciente de que era un viaje sin vuelta. El resto de su vida la pasó en el convento de monjas clarisas de Pamplona.

 Tan pronto como dio a luz un niño sano y regordete se lo quitaron para ingresarlo en la inclusa.

1. **De caza en domingo**

Primitivo como la mayoría de los habitantes era un cazador empedernido. Especialmente los domingos y fiestas de guardar, lloviese, nevase o hiciese el tiempo que hiciese salía en busca de cualquier animal. Con el pasamontañas calado hasta los ojos, la escopeta colgada al hombro, la navaja bien sujeta en la faja, con un trozo de pan, un casco chorizo, y la bota en el zorrón salía por la puerta chiflando para no volver hasta bien entrada la noche.

Las andanzas de caza de Primitivo eran bien conocidas en los municipios de alrededor. Sus correrías se hicieron famosas en Navarra, Álava y parte de La Rioja. No era extraño que hasta en los días más duros del invierno pasase dos o tres días sin volver, durmiendo entre la hojarasca y los bojarrales.

A pesar de tratarse del rico de la comarca, la comandancia de Los Arcos le acechaba de cerca y tenía ganas de echarle el guante; pero a pesar del celo de la guardia civil, no era extraño ver en la cuadra de Primitivo colgados zorros, corzos, gatos monteses, ginetas, y jabalíes de gran tamaño, abatidos sin usar la escopeta para no atraer la atención de los guardias.

En una ocasión el vecindario tuvo que salir en su busca. Llevaba más de 7 días fuera de casa con una nevada de más de un metro, cuando ya se habían rastreado centímetro a centímetro todos los alrededores y se estaba a punto de abandonar su búsqueda, apareció Primitivo en Fuentes Altas, venía por la senda de Costalera chiflando, y cantando como si nada. Había pasado toda la semana bien comido y bien caliente donde unos familiares lejanos de Orbiso.

Como el resto de domingos, Primitivo cogió la escopeta, la cartuchera y tomó el camino del Prado, cargó la escopeta con dos cartuchos de mostacilla del 8, marca el gamo, recorrió las Barandas, Coroco, Lekua, Oyagazu… y cuando llevaba más de dos horas, a la altura del despoblado de Disiñana, oyó el vuelo de una pareja de perdices, descolgó la escopeta del hombro, se dio la vuelta y disparó dos tiros casi sin apuntar en dirección al maizal donde habían ido a refugiarse. Al instante se oyeron los gritos de una joven que estaba, por lo que parece haciendo sus necesidades en el maizal.

Con tan mala suerte que algunos perdigones sin fuerza se incrustaron en el culo de la recién licenciada en magisterio en la Universidad de Zaragoza.

Hubo sesión extraordinaria en el Ayuntamiento, la villa acabó pagando el infortunio de Primitivo, alcalde del pueblo. Entre el alcalde, el secretario y el cura lo arreglaron todo. Nombraron a la joven maestra Resurrección, nacida en la localidad, maestra perpetua, y le concedieron algunos privilegios extras, con lo que estuvo más de 50 años ejerciendo en la misma localidad.

La única filosofía que conocía era la de la letra con sangre entra, y bien que la puso en práctica. Pocos fueron los alumnos que aprendieron a dividir; sin embargo todos tuvieron la ocasión de probar sus varas de mimbre.

Este fue un mal día para la cultura de nuestro pueblo, pocos fueron los niños y niñas que aprendimos a escribir y menos a multiplicar y dividir.

1. **La huida**

Las conversaciones en las tabernas se fueron animando. Los jóvenes comentaban las noticias que llegaban de la Montaña, de la zona de Estella, de La Ribera… El ambiente del pueblo se fue enrareciendo.

En esta época Beltza, el perro de pintas blancas y negras que usábamos para intercambiar las noticias entre nuestra casa y unos familiares de Azuelo, iba y venía más a menudo que de costumbre. Esta era la forma que teníamos en la familia desde antaño para mantenernos al día de lo que ocurría en el Valle de Aguilar de Codés.

Una tarde, a unas horas bastante poco normales, pasadas las siete de la tarde llegó el perro jadeando, con la lengua fuera. La madre cogió el mensaje, como no sabía leer, sin perder tiempo envió a mi hermana de 7 años con el papel que traía en el collar a la pieza del roble donde nos encontrábamos segando habas.

“Gabino, tienes que huir. Cuanto antes, no pierdas tiempo. Tres nombres se han mencionado en la Junta del Valle: el tuyo, Marcelino y Escolástico”.

No podíamos salir de nuestro asombro. Juramentos que nunca había oído, salieron de la boca del hermano mayor, mientras el resto se quedaron cabizbajos.

Sin despedirme de nadie, dejé la hoz, la zoqueta, y el sombrero de paja encima de la mies y tomé el camino de casa. Padre mandó al hermano de 12 años con la nota recibida al encuentro de Marcelino y Escolástico para que tomasen precauciones.

El kilómetro y medio de vuelta, lo hice preparando la huida. No tenía claro que trayecto elegir. Pronto descarté el tren, o el autobús, por la falta de dinero. Me decidí pasar la frontera por los Pirineos.

Llegué angustiado, ya estaban en la entrada mi madre, Francisca con el hijo en brazos. Madre algo malo se había barruntado y nada más verme se santiguó. Se dirigió a la despensa, entramos todos detrás de ella, me preparó unos calcetines de lana, las botas de monte, cogí un par de navajas, un pasamontañas. Francisca para entonces ya me había preparado un hatillo con una hogaza, chorizo, queso y un buen trozo del pernil.

Aunque la idea era pasar la frontera lo antes posible, las dos primeras semanas me resguardé en una cueva que conocía en la Sierra de Lokiz, allí estaba seguro y protegido. El día anterior a partir hacia la sierra de Aralar bajé a Narcúe, aparte de unos niños correteando no vi a nadie,  me hice con unos pantalones y unas camisas oscuras que estaban tendidas en un colgador a las afueras de la población.

Al dejar atrás el Valle de Lana no pude reprimir unas cuantas lágrimas.

Sin grandes dificultades, ni sobresaltos llegué a las inmediaciones de la muga. Las patrullas de la Guardia Civil se intensificaron. Según mis cálculos podían faltarme unos 25 kilómetros. Oí un ruido, me agazapé entre los bojes, oculto entre la hojarasca estuve vigilante, sin moverme, durante un largo cuarto de hora, no me vieron.

Al día siguiente no tuve mejor suerte, así que decidí volver al refugio que había abandonado anteriormente. Se me hizo imposible avanzar, las patrullas estaban por todas partes. Dormí a pierna suelta. Me desperté hambriento alrededor de las 11 de la mañana. Miré en el zurrón, no me quedaban más que dos mendrugos más duros que las piedras.  Con la intención de pasar el rato me dispuse a sacarle punta a una rama de roble. Inesperadamente vi moverse una culebra entre la hojarasca, de un golpe hinqué la navaja en su cabeza. Llevaba meses que no me pegaba semejante festín

La Guardia Civil estaba al acecho, vigilaba todos los caminos, y veredas del bosque. Oí unos pasos, me quedé inmóvil. A pesar de ser una noche como las fauces del lobo, eché a correr, oí cuatro fogonazos de fusil que deslumbraron completamente el bosque.  Estuve a punto de caerme, me trabé con las raíces de un árbol, trompicado y todo huí monte abajo. Sentí a los dos Guardias Civiles tras de mí. Cuando ya los tenía encima, a menos de 20 metros, se desató una tormenta de rayos y truenos, que me salvaron de morir acribillado.

Completamente mojado hasta los huesos, cansado, sin fuerzas, ni resuello me tumbé esperando lo peor.  Poco a poco, escondido entre los árboles logré volver de nuevo al refugio, los días siguientes permanecí escondido, intenté dos veces más pasar la frontera, imposible. Tuve que zafarme de dos nuevas emboscadas. Vi la muerte de cerca.

Decidí cambiar el rumbo, casi sin darme cuenta me encontré en la Provincia de Santander. De aldea en aldea, gracias al “alabado sea Dios” logré conseguir algunos curruscos de pan seco. Pasé los meses pidiendo de puerta en puerta,   recorriendo los parajes más recónditos de Cantabria. Pobre, sin un duro, muerto de frío; pero seguro. ¡Y para los tiempos que corrían, no era poco!

En el Valle del Pas me abrió la puerta un hombre viudo de de unos 50 años con varios hijos e hijas.

* Pasa, pasa.

Entrar en una vivienda habitada supuso volver a plantearme cientos de cosas. Me acurruqué junto al fuego. Una vez bien aseado, lavado con jabón y abundante agua,  me ofreció un buen plato de potaje caliente, con una botella de vino. Pasé la noche en un pajar algo alejado del vecindario. No era la primera vez que algún alma caritativa se apiadaba de mí, pero nunca había encontrado el calor humano que encontré en esta familia.

A las 6 de la mañana, cuando todavía faltaban varias horas para el amanecer apareció la pareja de la Guardia Civil. Me había metido en la boca del lobo sin darme cuenta. Bien aseado, bien dormido, rasurada la barba y el pelo arreglado no se me hizo fácil contestar a lo que parecía un inocente interrogatorio.

Sin duda, me han atrapado, pensé, ¿Qué hacía un hombre que aparentaba unos 25-30 años, con acento distinto,  pidiendo de puerta en puerta? Me sentí atrapado como un ratón sin salida.

Sin pensarlo dos veces, valiéndome de que en aquel mismo momento apareció el amo, salí corriendo dándome de nuevo a la fuga.

Mientras huía desesperado y ascendía la montaña me vino a la cabeza pasarme al maquis. Tras seis largos meses recorriendo las aldeas de los Picos de Europa, las dudas se disiparon y decidí volver al pueblo.

1. **El refugio**

Inmerso en los recuerdos, sin darme cuenta, me encontré frente a las mansas aguas del río Ega. Aunque no habían pasado más que unos pocos años, justamente hacía seis años y dos meses que había huido, al ver las crestas de la Sierra de Codés y Joar tan cercanos tuve la impresión de haber estado fuera una eternidad. El reencuentro con las mismas fuentes,  los mismos riachuelos, los mismos árboles, los mismos animales  me dio ánimos para seguir adelante.  Me sentí seguro al lado de mis viejos amigos los hayedos, los encinares y los bojarrales. Desde la cima de Costalera divisaba las montañas y los valles de alrededor: Joar, Gorbea, Montejurra, la Sierra de Lokiz, Urbasa, Aitzgorri, Monjardin, La Sierra de la Demanda y hasta los Pirineos se divisaba desde la punta de Costalera.

 Unos instantes antes del amanecer desde la colina donde me encontraba me pareció oír los ladridos de Lur y Beltza. Nos revolvimos en el suelo en una lucha desigual. Pasados unos minutos, ya tranquilizados, nos separamos, los perros seguían moviendo la cola con intención de seguir el juego; el silbido del hermano les hizo desaparecer en un cerrar de ojos. Le devolví el chiflido. Nos abrazamos entre lágrimas.

Le hice participe del plan, nos acercamos hasta Joar. Le comenté punto por punto, con todo tipo de detalles el plan ideado.

-         Gabino, las cosas no se han apaciguado, me dijo con tono serio y preocupado. Sigues en peligro, la Guardia Civil un día sí y otro también registra la zona. Lo tienen todo controlado. De vez en cuando se ve algún que otro maqui perdido por estas montañas.

* En el pueblo, a causa de la presión, no nos podemos fiar de nadie.
* Tranquilo. Lo tengo todo pensado.
* Mañana mismo tendrás que vender a Lur y Beltza.
* Ya, ya me he dado cuenta.
* Francisca estaba embarazada cuando te fuiste. Tienes otro hijo más.  Le hemos bautizado con el nombre de Javier.
* Este invierno se ha muerto el abuelo Anastasio. El resto como siempre.
* Escolástico logró huir, marchó el mismo día que tú. Llegó en tren y en autobús hasta donde su tía de Eugi, y de allí pasó la frontera, ahora se encuentra tranquilamente en Méjico. Parece que le han ido las cosas muy bien.
* Tu cuñado Felipe y Bernardo el hijo de la Teófila, los que se alistaron al frente con los falangistas, los trajeron a enterrar al camposanto, perdieron la vida en el frente de Teruel. Los dos juntos. Juntos fueron y juntos los trajeron.
* ¿Marcelino huyó? ¿No sería ese el chivato, no?
* No, no. No lo mataron por casualidad. Una semana después de iros Escolástico y tú se personó “el Coche de la Muerte”. Se llevaron a Marcelino con la intención de fusilarlo en la cuneta de Arquijas, una vez que lo bajaron del coche, se echó la niebla. Logró huir atravesando el río Ega. Anduvo perdido unos cuantos días por los montes de Zúñiga y Orbiso; pero también logró llegar a América. No se sabe nada de él.
* En el pueblo todos piensan que tú te encuentras en Francia, eso es lo que hemos hecho creer.
* El que os delató por rojos fue tu cuñado Benito. Dos días antes de reunirse la Junta del Valle lo vieron con el Txato de Berbinzana, y aunque aquí nadie dice nada, todos lo sabemos.
* ¡Ojalá se muera ahora mismo! ¡Maldito!
* ¡Víbora! ¡Mira que atreverse a entregar al padre de sus sobrinos!
* Adiós Gabino. Hasta la vista.
* Ahora los Guardias acechan más que anteriormente, más que cuando tuvisteis que huir. Cuídate.
* Ya lo sé. No te preocupes. Piensa que sigo fuera, que no me has visto. Encárgate de dejar dos veces por semana en un recipiente algo de comida en el camposanto viejo. Y no te preocupes por nada.

Al día siguiente me dispuse a llevar adelante el plan, no convenía andar por aquellos montes, cualquier vecino me podría ver, aunque seguramente pasaría por algún maqui perdido. Nevaba copiosamente, me resguardé en un pajar. Después de examinar atentamente los alrededores me encaramé por el tejado a la torre de la iglesia y de allí deslizándome logré entrar por un agujero de la pared al falso techo de la parroquia.

 El refugio fue tal como lo había pensado, acogedor, un lugar ideal para dar rienda suelta a los pensamientos y a los recuerdos vividos.

Me vinieron a la memoria las mañanas frías, cuando había que encender la vieja estufa, no tendríamos más de 8 años, lo hacíamos por parejas, antes de que viniera Resurre la maestra y el resto de los niños tenía que estar en marcha la estufa. No resultaba fácil encender aquella maldita estufa. Una y otra vez prendíamos el papel, pero en vano, no había manera de que el fuego prendiese. Cuando menos lo esperábamos, cogía fuego, la mayoría de las veces llenándose todo el edificio de un humo irrespirable. No era extraño que a veces llegase la maestra y el resto de niños y niñas y no estuviese todavía encendida.

O los días calurosos del verano, de calor sofocante, como aquel día que los chavales, nos juntamos a pasar las horas de la siesta debajo del nogal de Lucio. Apoyada en la pared encontramos una escopetilla de aire comprimido, no se me ocurrió más que apretar el gatillo cuando Escolástico tenía la mano delante del caño, ante nuestra sorpresa se oyó el sonido de un tiro, Escolástico comenzó a gritar, correr y saltar como un loco por la campa y las calles. ¡Mi mano, mi mano! Repetía una y otra vez, corriendo de un lado para otro como un loco. El médico de Nazar afincado en Mendaza, Don Antonio le sacó el perdigón de copa que lo tenía incrustado en un hueso de la mano. A la media hora lo teníamos de vuelta con nosotros.

 Pasados los seis meses encerrado es cuando comencé a notar la falta libertad.

 No podía quitarme de encima los días de juventud, especialmente los días, y los juegos compartidos con Benito. Una sensación de tristeza y de odio me recorrió el cuerpo. Los primeros amoríos, los primeros tortazos, los primeros besos en los pajugueros de las eras, los primeros escarceos con las mozas... se me acumulaban uno detrás de otro, así fueron pasando los días, las semanas, los años escondido en el falso techo de la iglesia.

**9. El tajo**

En la entrada del domicilio de Primitivo encima de la puerta colgaba una copia barata de las espigadoras de Millet, con un marco de gran valor. Cada vez que cruzaba el umbral de la entrada no podía menos que adoptar una sonrisa ante aquella imagen bucólica, que para nada reflejaba la realidad campesina del valle de La Berrueza. La tranquilidad, el sosiego, la paz y las ropas recién planchadas en nada se correspondían con las horas de trabajo que nos esperaban, y mucho menos con nuestra piel curtida, morena y estropeada por el sol, y ni que decir de las ropas con petachos y manchas de grasa.

Lunes, cinco y media de la mañana, allí estábamos todos en fila, esperando la llegada del amo. Aquel día también se quedaron sin trabajo los mismos, los de siempre, los más necesitados. Me vinieron a la memoria las palabras del abuelo: algún día tendríamos que acabar con este atropello.

* Tú, tú... y tú.

Igual que todos los días, los más viejos, débiles, necesitados o comprometidos fueron descartados, de vuelta al hogar, sin poder llevar el jornal imprescindible para alimentar a sus numerosos hijos.

El resto un grupo de ocho personas nos dirigimos al tajo.

* No te pares. Sigue la hilera. Gritó Benito al más joven del grupo.

Todavía no habían dado ni las 10 de la mañana, el día no había hecho más que comenzar, aunque ya llevábamos 4 horas y media sin descanso.

- No puedo más, tengo todas las articulaciones doloridas, me comentó el joven que iba delante mío.

- Este ritmo es insoportable, comentó un tercero mientras agarraba con la mano izquierda, resguardada con la zoqueta, un manojo de trigo y con la hoz en la otra mano de un golpe cortaba la mies a ras de suelo. Todo ello a la máxima velocidad posible, una y otra vez, durante todo el día, y durante toda la temporada.

- Date más prisa, repitió de nuevo Benito.

- ¿No te das cuenta que hace aire y es necesario dejar bien apelmazadas las manadas?, Le respondió sin mirarle a la cara, con un cierto desprecio. Sin hacerle el menor caso siguió rodeando cada puñado de trigo con cuatro espigas para que el viento no esparciese la mies. Tal como lo había hecho hasta ahora en todos los lugares en que había estado contratado.

-                No cojas tanta anchura, sé un poco más espabilado, mira la que lleva el nuevo de Los Arcos, le comenté en voz baja.

* De este año no pasa, me voy para la ciudad, no aguanto más.

Cirilo y Antonio, dos gallegos que venían todos los años para la siega, contratados por Primitivo, seguían cuchicheando entre ellos.

* No te fíes de ninguno de los dos, le comenté. Es difícil saber quién es más zalamero y traicionero de los dos.

**Martes,** cinco y media de la mañana, ya estábamos todos en la plaza esperando a Primitivo, llegó primero Benito y comenzó a señalar con el dedo uno a uno los elegidos para el día, nos fue señalando y sacándonos de la hilera. Contrató a todos los reunidos menos a uno.

-                ¿No me digas que no puedes contratar a uno más?

- Métete en tus asuntos, y sigue a los demás.

-                ¡Te arruinarás por pagar un jornal más!

-                Pero si hay trabajo para diez personas más.

-                Sí es el amo de medio Navarra.

-               ¿Para quién querrán el dinero que les sobra? Se oyó de nuevo.

-                Sólo con la hacienda que ha aportado su mujer al matrimonio tienen para contratar a media Berrueza, sólo con las tierras que tienen en Andosilla a la orilla del Ebro tienen para dar de comer todo el año a toda la Merindad de Estella.

-                ¡Cuánto más tienen más quieren!

-                ¿Qué pasa aquí? Gritó Primitivo que llegaba al galope.

-                Nada, nada comentó Benito. Sin decir ni palabra nos dirigimos al tajo, mientras el padre de Félix cabizbajo se dirigió a su pieza, aunque no tenía nada especial que hacer, pero de alguna manera tenía que pasar el día.

No se sabe si la avaricia le venía a raíz de la compra del primer tractor que se conoció en el valle, o como se decía aquí, le venía de familia. Primitivo no tuvo suerte con la compra de aquel tractor, el primer día que lo pusieron en marcha se dieron cuenta del fracaso, nada más entrar en la finca las ruedas se entorcaron en la tierra mojada y no había manera de avanzar. Toda la vida lo conocimos aparcado en el cobertizo de la era, allí permaneció abandonado durante décadas, todo él era de hierro, desde las ruedas hasta el volante.

**Miércoles**, 6 de la mañana, salió un día caluroso, bochorno de los que hace historia, el calor pegajoso se mezclaba con el sudor. El polvo de la mies recién triturada envolvía todos los rincones del municipio, especialmente en la era y sus alrededores el aire era irrespirable.

Los caballos habían acabado de dar las primeras vueltas sobre la parva. Todos los presentes tomábamos parte en la trilla, era preciso darle vuelta a la parva lo más rápido posible. Entonces comenzaba el ajetreo, la era se convertía en un hormiguero en que todas las manos eran pocas, el movimiento, la prisa, el correr, el ruido, el polvo, el calor, el sudor y en cierto modo también el nerviosismo se apoderaba del ambiente.

Los caballos con el trillo seguían dando y dando vueltas, en torno a la una y media se le daba por última vez la vuelta a la mies, mientras el resto comíamos, padre se quedaba rematando la tarea, hasta que la paja fuerte y rígida de las habas se quedaba completamente triturada.

Con la comida en la boca, bajo un sol sofocante volvíamos todos a la era a recoger la parva. Los hombres con las horcas iban recogiendo la parte principal, detrás los niños con los rastros, detrás las mujeres con las escobas, hasta que por fin se pasaba la plegadera para reunir la parva en un extremo de la era. Llegaba el momento crucial, la espera del aire. No siempre movía el aire, y cuando andaba no siempre era el apropiado.

Todavía recuerdo el día en que entré a formar parte de los aventadores. No tendría más de 15 años. 6 hombres en hilera, encima de la parva, tirando las paladas de mies al aire con la altura y dirección apropiada. Zas, zas, zas, seguían las paladas sin interrupción. Pasada tras pasada, comenzaban a diferenciarse los dos montones, el de la paja y el del grano. Era preciso darle a las paladas la altura y la fuerza necesaria, para que el viento llevase a un montón la paja y al otro el grano. Una vez que se había formado el montón de grano las mujeres iban detrás de nosotros escobando por encima separando las gardajas, piedras, trozos de tierra, trozos de palos. Por último los niños cribaban las gardajas, hasta dejar el montón reluciente como el oro.

**Jueves**, 6 de la mañana, ya estamos preparados con las hoces en el tajo. Nos encontramos ante otro día de bochorno infernal. Hoy hemos venido sin Primitivo. Los gallegos marcan el ritmo, un ritmo irresistible. Para las 7:30 el muchacho que el día anterior resistió más mal que bien la jornada, está ya rendido.

- ¿Cuándo traen el almuerzo?, nos preguntábamos una y otra vez.

A eso de las 11, por fin aparecieron dos niños con sendas cestas con el almuerzo. Un cuarto de hora corto de descanso y de nuevo a la faena, dale que te pego, sin parar, la cintura para arriba y para abajo, cortando las espigas de trigo.

A las 12, el Ángelus. Un poco después llegó Primitivo montado a caballo. Cuarenta grados, toda la mañana bajo el sol, doblando una y otra vez la cintura, segando a un ritmo infernal, sin embargo nadie se quedaba atrás, parecía una competición a ver quién segaba más y más rápido.

Dos horas cortas para comer y echar la siesta.

A las 3 en punto arriba de nuevo. El calor después de la siesta se hacía inaguantable, cuando más calentaba de nuevo a la faena. Las horas no avanzaban, por más que mirábamos al sol siempre parecía estar en el mismo lugar.

- ¿Ya es hora de que traigan la merienda no?

-    No te fíes hay días en que no se merienda.

Este día tenía pinta de ser uno de esos. Pasaban las horas y por mucho que mirábamos a la senda, no se acercaba nadie. A eso de las 7:30, Benito dio permiso para echar un trago de vino, y sentarnos un rato. La tarde avanzaba pero el calor no aflojaba.

-    ¿Hoy también seremos los últimos en acabar?

- No lo pongas en duda.

Por fin se escondió el sol entre los montes, pero allí seguimos segando y segando.

-    ¿Es que no es hora de marchar para casa?

-    Todavía se ve, respondió Cirilo, el gallego.

- Hoy también llegaremos de noche ciega.

- No te quepa la menor duda.

**Viernes**, 5 de la mañana día de fiesta, ya estábamos todos levantados, tras tomarnos unas galletas y un vasito de anís, los hombres nos dirigimos al campo con los bueyes para acarrear la mies. Para la hora de misa trillamos un carro de trigo del Ceferino que había quedado del día anterior, barrimos hasta el último grano de la era, dejamos ya todo preparado para trillar lo que le correspondía al Furris y acudimos todos a misa, bien nos vino el  descanso de media hora, eran de los pocos días donde se agradecía que el cura se extendiese en el sermón, cosa que nunca ocurría.

 De nuevo en la era, el ruido era insoportable, era imposible comunicarse hasta con el de alado. Una vez puesto en marcha el motor, el ruido era inaguantable. Pun, pun, pun, pun…

 El sonido que sacaba la trilladora también era ensordecedor. No había una sola pieza que no estuviese en movimiento. Daba la impresión que de un momento a otro iban a saltar por los aires todos los tornillos, ruedas, poleas… nunca ocurrió nada, todo estaba bajo control, no en vano todos los días antes de ponerla en marcha el Romero la revisaba a conciencia y engrasaba todos los engranajes durante media hora.

 A media mañana el estruendo, el calor, el sudor, el polvo, el picor comenzaba a afectarnos, el único consuelo era que de vez en cuando tenía la oportunidad de cruzar alguna mirada, y alguna palabra suelta con Francisca, aunque debido al ruido era imposible entendernos.

El motor, el “matakas” era el corazón. Las poleas eran las venas, la polea mayor era la aorta. La trilladora tenía unas 20 poleas más de distintos tamaños, como si fuesen las diferentes venas del cuerpo, poleas de todos los tamaños, algunas pequeñas, de medio metro o menos, otras de 2, 3 ó 4 metros.

A esto se unían las ruedas de metal que estaban unidas por maderas, que hacían funcionar a un gran número de piezas, algunas de suaves desplazamientos y otras de bruscas vibraciones, aparte de los dientes de hierro que trituraban las espigas, las cribas de ritmos suaves y horizontales.

Se trataba de un maremágnum en movimiento anárquico. Hasta la tierra misma se movía, como si estuviésemos encima de una masa flotante. Todo era un puro movimiento, mezclado con polvo, sudor y ruido ensordecedor.

En este hormiguero todos teníamos nuestro cometido. Los acarreadores, los alimentadores, los que recogían los sacos del grano, los niños que reunían los líos, los que amontonaban la paja, los que barrían la era, los que se encargaban del p ajuguero…

Bastante entrada la noche, llegaba la paz. Parado el motor de gasoil, poco a poco todos los demás aparatos se iban apagando tenuemente, con lo que la calma se adueñaba de nuevo del ambiente hasta la mañana siguiente.

**11. Las Américas**

La soledad comenzó a hacerme mella.

* Gabino, no te metas en política, la política no trae nada bueno.
* Tranquila, Francisca le respondía en sueños.
* Gabino, no te mezcles en asuntos que no te incumben.
* Tranquila mamá, le respondía despertándome sobresaltado, sin saber dónde me encontraba.

Los carteles colocados en el pozo de lavar la ropa crearon acaloradas discusiones, se calentó y se enrareció el ambiente, hasta los mayores tomaron parte en los debates y discusiones, muy pocos fueron los que se quedaron al margen.

Lo vivido durante esos meses se me venía incesantemente, sin orden alguno a la cabeza. Se celebró una gran fiesta en Cábrega, donde unos meses antes al Alzamiento la Falange convocó una reunión, a la que acudieron jóvenes de todo Navarra. Vinieron falangistas de toda la provincia, de la Villa de Nazar bajaron 6 mozos, volvieron a las 6 de la tarde, completamente exaltados, con camisas azules, correajes de cuero negro y con las escopetas colgadas al hombro, entonando los himnos recién aprendidos por la mañana !Cuánto mal les hizo ese día! Dos de ellos perdieron la vida en el frente y sólo volvieron para ser enterrados.

Los que no mostramos el debido entusiasmo ante sus bravuconadas lo pagamos caro. El ambiente se fue enrareciendo cada vez más, las noticias de detenciones y fusilamientos corrían de población en población. En algunos pueblos ante el cariz que comenzaba a tomar el asunto, no fueron pocos los que acudieron donde los alcaldes en busca de refugio, en balde. La decisión ya estaba tomada, aunque en el instante mismo de las detenciones y fusilamientos se arrepintiesen de las decisiones adoptadas anteriormente en caliente, ya no podían hacer nada. Tampoco para ellos fue fácil ver como se llevaban a los vecinos; pero los alcaldes, los curas y los secretarios ya no podían hacer nada, pues llegado a estas alturas las resoluciones venían firmadas por instancias superiores.

La noticia de los fusilamientos de las localidades de los alrededores – Mués, Piedramillera, Los Arcos, Acedo, Asarta, Mendaza, Aguilar…- se extendieron como la pólvora. Los primeros meses de la postguerra fueron de una represión atroz, el terror impuesto por los falangistas fue salvaje.

Félix, uno de los más destacados de las izquierdas, fue también uno de los primeros en alistarse en el Frente Nacional, pero no le valió. Una noche llegó el Coche de la Muerte, lo apresaron, y se lo llevaron entre los gritos de sus hijos pequeños y la mirada afligida de su mujer. Esa misma noche, media hora más tarde, le dieron dos tiros a bocajarro en una cuneta de Arquijas.

* Se acabó
* ¿Hoy se han llevado a Félix?
* ¿Mañana a quién le tocará?

Muchas eran las noches que me sobresaltaba y me despertaba gritando entre sueños.

La soledad cada día se me hacía más insoportable. Con el paso de los meses la moral se me iba desgastando. Lo único que rompía la monotonía del día a día era el sonido atronador de las campanas de la Iglesia de Nazar, que las tenía pared con pared. Para entonces ya distinguía el sonido de todas las campanas de los alrededores: Mendaza, Acedo, Asarta, Mirafuentes Otiñano, Cábrega, Ubago… A veces hasta creía oír las de los lugares más lejanos, Santuario de Codés, Espronceda, Desojo…

* ¿Acaso me estaré volviendo loco?
* No sé, pues.
* La mayor parte de las veces no era capaz de distinguir entre los sueños y la realidad.
* Ya no podía soportar la soledad, y no podía olvidar la familia, los hijos, la esposa. Tan cercanos, y a la vez tan lejanos.
* Ya no era capaz de discernir entre los pensamientos, los sueños, lo verdaderamente vivido hace unos años y la realidad. ¿Cómo distinguirlos cuando se repiten en mi interior las mismas anécdotas, las mismas secuencias tanto en sueños, como despierto una y mil veces?
* Qué va, estoy bien, tengo todo bajo control, acababa animándome a mí mismo.

No fue casualidad que los recuerdos que más se repetían fuesen sobre los animales domésticos y estuviesen directamente relacionados con su libertad. No podía quitar de la cabeza los primeros bueyes que tuvimos, Giputxi y Txiki, y el respeto que nos daban, especialmente cuando tenía que colocarme delante de ellos para que no se moviesen, con apenas 7 años de edad, no llegaba al yugo y los bueyes no paraban de dar fuertes golpes con el rabo contra la tripa, o levantar una pata para golpear bruscamente contra el suelo, o girar la cabeza de un lado para otro para espantar las moscas de alrededor…

Excepto los perros guardianes de los hacendados, que no veían la luz natural, ni las calles, atados con cadenas cortas, recluidos en lo más profundo de los corrales; el resto de los animales correteaban por las calles y los campos, en plena libertad. Gallinas, perros, vacas, cerdos andaban a sus anchas.

¡Ya me gustaría tener la libertad de cualquier de esos animales!

El sonido atronador de las campanas era aturdidor. Cada día me costaba más conciliar el sueño, hoy se cumplen cinco años desde que decidí resguardarme en el techo falso de la iglesia. Estaba pensando en esto, cuando comenzó a tañer la campana grande, con la que retumbaban las paredes y el suelo; aunque ya lo tenía decidido de antemano, fue entonces mismo cuando resolví salir del escondite y buscar una nueva forma de vida al otro lado del mar, en las Américas, seguramente en Chile.

No cogí más que una navaja, el resto de materiales todavía se encontrarán allí, me deslicé con la ayuda de una soga por la pared hasta la calle, no había andado ni cinco metros cuando me salieron al encuentro dos perros semejantes a Lur y Beltza. Estuve alrededor de una hora contemplando el firmamento, con una luna llena grandiosa y estrellado, el silencio solo era interrumpido por el canto incesante de los grillos, y algún que otro ladrido de los perros.

Llegué a casa, como siempre la puerta de la calle estaba vuelta, la empujé con cuidado y pasé a la cuadra, subí las escaleras, antes de entrar a la habitación de los hermanos bebí un trago de la lechera que estaba guardada en la fresquera. Mis hermanos no podían dar crédito a lo que estaban contemplando, pensaron que se les había aparecido un fantasma. Para no despertar a toda la familia, bajamos de nuevo a la cuadra. Fue una situación imborrable. En unos minutos me pusieron al día de todo lo ocurrido en estos cinco años.

* ¿Pero no vendisteis a Lur y Beltza?
* ¡pues claro, que los vendimos! Al día siguiente de verte se los regalé al tío de Antoñana. Esos perros eran capaces de no haberse movido durante días del escondite, y aunque la Guardia Civil no es que tenga muchas luces, no se puede decir lo mismo de algunos vecinos. Lo que ocurre, es que hace dos años fui donde el tío y me traje dos cachorros de Lur. Nada más llegar fueron tus hijos los que le pusieron los mismos nombres.
* ¿Ha sucedido algo en la familia?
* El abuelo se murió a los pocos meses de irte.
* Ya, ya lo sé, fuiste tú mismo el que me lo dijiste el día que nos vimos en Costalera.
* ¿Qué niño se murió hace tres meses?
* Se ahogó en el pilón Mari José la hija de cuatro años del alcalde, la familia está desolada, todo el vecindario quedó afligido. Fue un gran golpe.
* No, no me contéis todo, dejadme adivinar que es lo que ha ocurrido durante estos años.
* ¿Ha habido cuatro muertos más, no? Pueden que hayan sido Generoso, Dionisio, Sebastiana y Romana. ¿No?
* No, no. Dionisio y Romana andan están bien de salud. Los otros dos han sido Daniel, que lo trajeron a enterrar del Hospital de Zaragoza, cuando estaba a punto de acabar la guerra una bala perdida se le incrustó en la cabeza, después de pasar lo peor cuando parecía que ya estaba curado e iba a coger el alta del hospital se murió repentinamente. También se ha muerto Donato el de la Joselita.

Me despedí como pude de mis hermanos, no tengo mucho tiempo, voy a ver a Francisca y los niños, mañana a la mañana saldré para las Américas, espero no tener muchas dificultades, ya nadie se acuerda de mí, además todos me siguen ubicando en Francia.

Ya desde la calle sentí el olor peculiar de nuestro hogar, subí las escaleras de dos en dos. Abrí la puerta y me precipité a los brazos de Francisca. Permanecimos abrazados más de cinco minutos. Francisca no creía lo que estaba sintiendo, cerraba y abría los ojos para podérselo creer. Ella también creía que me encontraba en Francia. Nos acercamos a la habitación de los niños, no los despertamos, mientras Francisca preparaba agua caliente estuve más de cinco minutos contemplándolos, vertió la mitad del agua en la palangana, bien jabonado y con la navaja bien afilada me rasuré la barba y Francisca me cortó el pelo. Por lo menos rejuvenecí 20 años. Nos fuimos juntos a la cama, no dormimos ni un solo segundo. Amaneció en un abrir y cerrar de ojos. Sentí los ladridos de los perros, de un salto me escondí en un alorín, padre apareció detrás de madre, los encontré muy envejecidos. Fuimos conscientes que esta era la última vez que nos veríamos, a padre y madre les brotaron las lágrimas en el último abrazo de despedida.

Me puse una camisa blanca, Francisca me preparó la maleta con ropa limpia, y con los primeros rayos del amanecer, sin despedirme tomé de nuevo viaje al extranjero. En este caso esperando que fuese el definitivo. Al salir reparé en la portada del Pensamiento Navarro, que estaba encima de una silla del portal: “Caen en una emboscada los maquis el Tuerto y el Perico en las inmediaciones de Caín”, titular con grandes letras e ilustrado con una gran fotografía de los dos maquis abatidos. De buena me he librado pensé.

Animado y con la sensación de haber salvado la vida de nuevo, inicié el trayecto hacia Barcelona, con la intención de tomar un barco lo antes posible para las Américas, todavía no había decido a qué país iría.

No me resultó sencillo acostumbrarme a la luz del día. El valle estaba precioso, los árboles en flor. A lo lejos divisé un grupo de gente, tuve tiempo suficiente para esconderme detrás de unos chaparros. Don Secundino llevaba en las manos la cabeza de plata de San Gregorio, a un lado le acompañaba un monaguillo con el hisopo, un poco más adelantados iban otros dos monaguillos con sendas cruces, mal andaban para llevarlas verticales, -bien sabía yo, lo que pesaban esas dos cruces, en más de una ocasión me había tocado llevarlas- , detrás venían unos veinte feligreses, la mayoría mujeres vestidas de negro y con velos por la cabeza. Al único que no reconocí era el monaguillo que portaba el hisopo. ¿Habría venido alguna familia nueva a vivir aquí? No lo creo, aunque sí que se me hacía raro no sacarle por los rasgos físicos a qué familia podría pertenecer. Me quedé con la duda.

Sentí una sensación nueva e indescriptible al ver a los vecinos, cuando se habían alejado unos diez metros de donde yo estaba se pararon repentinamente, el párroco tomó el hisopo y esparció el agua bendita a los cuatro vientos: “Quisdam sanctus episcopus, Gregorius nomine… líbranos de todas las plagas, especialmente de la langosta”.

Estuve un cuarto de hora ensimismado contemplando los campos de cultivo, e imaginándome las personas que podrían componer los grupos de segadores que se divisaban en los campos lejanos. Había una infinidad de colores y parcelas, bien diferenciadas cada una por los verdes ribazos de hierbas y matas. Mil colores producto de los diversos cultivos: avena, cebada, trigo, yero… mezclados y salpicados con los cientos de especies de hierbas y plantas silvestres: cardos, amapolas, girasoles, avena mala… Infinidad de árboles frutales salteados entre los cultivos: pomales, cerezos, manzanos, olivos, nogales, todo ello surcados por los ríos del valle con sus hileras de chopos.

Me adentré en el monte, ahí seguían las enormes encinas, la mayoría de las cuales podría cobijar hasta rebaños de 200 cabezas, seguí vereda arriba, no sin evitar a duras penas tropezarme con las cuadrillas de carboneros que estaban cociendo carbón, y los pastores que cuidaban los ganados en la Sierra de Codés. Cualquiera que me hubiese visto, sólo por los andares me hubiese reconocido, es por ello que tuve que hacer estos primeros kilómetros hasta el puerto con todo el cuidado posible, decidí pasar la noche en San Cueva, desde allí se contemplaba todo el valle de La Berrueza.

**12. Mar adentro**

El trayecto a Barcelona lo hice sin dificultad alguna. Sin darme cuenta me encontré en mitad del Océano. Rodeado de extraños, con todo tipo de gentes. Sus miradas se dirigían hacia mí, o así me lo parecía. No me atrevía a intercambiar con los viajeros  más allá de las palabras imprescindibles. Medio mareado, sin poder olvidar  la mirada triste de mis padres pasé las primeras semanas, acurrucado en un rincón del camarote. También aquí los días y las noches se hacían largas, por lo que era habitual despertarme en medio del mar entre los rebaños de vacas en la vertiente de Campezo y Zúñiga, adentrándome con la escopeta y la cartuchera bien repleta de cartuchos en la Dormida, volviendo al atardecer con el zorrón lleno de palomas entre la nieve y niebla cerrada.

Pasados los primeros días comencé a tomar gusto por la lectura, un marinero me agenciaba todos los libros que necesitaba. La lectura me abrió un nuevo horizonte, desconocido hasta eses día, lo más semejante a la lectura que había conocido eran los cuentos, anécdotas y leyendas relatadas por los abuelos y tíos mayores en las tardes invernales reunidos junto al fuego, o las veladas desgranando maíz en familia, a veces acompañados de una acordeón que tocaba un peón venido del norte de Navarra, o los atardeceres rezando el rosario, mientras nuestro padre recitaba de memoria las letanías:

 Kyrie eleison

          Kyrie eleison

Christe, eleison

          Christe, eleison

Christe, audi nos

         Christe, audi nos

Christe, exaudi nos

         Christe, exaudi nos

Pater de Coelis Deus

         Miserere nobis

Fili Redemtor mundi Deus

         Miserere nobis...

 Las historias de los libros me hizo olvidar los recuerdos, los libros fueron mis compañeros de ese día en adelante y me abrieron nuevos horizontes.

**13. Josefa**

Josefa sube a la gavillera, que se encuentra a unos 50 metros en busca de unas abarras, ramas secas y delgadas que conservan las hojas secas, muy útiles para encender el fuego, las parte y con un papel de periódico les prende fuego, sale a por seis o siete astillas, echa dos y deja el resto al lado del fogón. Se lava la cara y se peina, prepara los tazones para el desayuno de los dos cuñados solteros, y de su marido, a la vez que arrima a la chapa del fuego los pucheros de la comida.

Ya tiene preparado un perol con agua caliente, para que se corte la barba su marido, pues hoy es jueves, y los jueves y domingos tiene por rutina afeitarse la barba, especialmente los jueves que va a Estella a vender las escobas de biércol preparadas durante la semana, aunque hoy como nos encontramos en la época de la siega ha decidido no ir.

Josefa coge un puchero vacío, se calza las albarcas, y se echa encima una chamarra, que se encuentra colgada de un clavo junto a la puerta de la calle y sale al pajar donde guardan las gallinas, los conejos, una cerda y las cabras. Ordeña en un periquete las dos cabras, vuelve de nuevo y pone a cocer la leche recién ordeñada. Los hombres desayunan los tazones de café con leche y sopas.

Echa tres astillas al fuego, las mayores, aparta la cazuela principal, y se dirige de nuevo al pajar, para entonces ya está amaneciendo, viene un día caluroso, igual demasiado caluroso. Abre el portalón del pajar, por donde salen las gallinas y el gallo a picotear por los alrededores. Se acerca a las conejeras, las abre y les echa un puñado de lechocinos que había recogido la semana anterior junto al camino de Oihagazu. Llena los bebederos, suelta las cabras que bajan ellas solas a la picota, donde espera el pastor con el rebaño ya casi completo para dirigirse al monte para todo el día.

Vuelve de nuevo, se calza las zapatillas, cuelga el chamarro en el clavo junto a la puerta, coloca las albarcas encima del mueble en que los hombres guardan los utensilios de tamaño no muy grande, como el hacha pequeña, dos hoces para cortar la maleza de los alrededores, una caja con puntas, clavos y el martillo.

Da una vuelta por el cuarto de los suegros y de los niños. Sigilosamente mira desde la puerta, los niños duermen apaciblemente, el suegro hace horas que carraspea y se le oye dar vueltas en la cama, la suegra duerme también plácidamente.

Los hombres ya han desaparecido de la cocina, Josefa lleva los cacharros del desayuno a la fregadera, prepara cuidadosamente las alforjas que llevarán al campo, hoy vendrán a comer, abre el cajón del armario y mete medio pan, un buen casco de chorizo y medio queso blando en una tartera y coloca todo en las alforjas. Mete una botella de vino y otra de agua cada una en un lado de las alforjas, las deja colgadas de una punta que sobresale de la viga del pasillo, al lado de la alacena donde se guardan las hachas. Coge una cebolla, unos pimientos y unas guindillas verdes, un puño pequeño de sal gorda, la envuelve en un trozo de papel de periódico y coloca todo dentro de otra alforja.

Los perros se oyen en la calle de abajo, se asoma a la ventana y ve como los cuñados están ya ajustando la cincha al caballo, están listos para marchar al tajo. Su marido sube las escaleras, coge las alforjas, y con un hasta luego desde el pasillo se despide de Josefa.

Retira del fuego la leche, que como la mayor parte de las veces ya se le había sobrado, se acerca a la ventana, despide a los hombres con la mano, pero ellos ni se enteran. Arrima a la chapa un cacillo con un poco de café, mucha leche y algo de achicoria, hace unas sopas con el pan duro y se sienta a desayunar. Retira el tazón usado a la fregadera.

Coge el caldero vacío de la leche del granero, y baja las escaleras hasta el corral, se calza unas botas viejas, limpia la cama de las vacas y el caballo, las vacas agradecen la paja limpia, arriman el morro de vez en cuando al suelo y se llevan buenos bocados de paja a la boca. Coge el taburete de tres patas de una ventana que da a la calle, y se dispone a ordeñar a la vaca recién parida, poco a poco, chorro a chorro se va llenando el caldero. Sube la leche a la despensa, la pasa por el colador grande, deja el caldero tapado con un trapo blanco, para que no caigan moscas.

Abre los ventanillos de la habitación de los suegros, entran los rayos solares de la mañana. Levanta al abuelo, le ayuda a vestirse, poco a poco ayudado por ella llegan hasta la fregadera, donde se lava la cara, le ayuda a sentarse en la mesa.

Vacía los orinales del cuarto de los cuñados, y de los abuelos, hace las camas de los cuñados, y la suya propia. Entra en el cuarto de los niños y los va despertando suavemente, les deja encima de la mesilla la misma ropa que habían usado el día anterior, se dirige de nuevo al cuarto de la abuela, la despierta cariñosamente, llena un cuenco de metal con agua hirviendo que tiene preparada en la chapa del fuego, la mezcla con agua del grifo hasta dejarla tibia, asea a la abuela, y la sienta en la silla de la mesa.

Prepara cinco tazones de café con leche y sopas. Desayunan los cinco, los niños no callan, y en cinco minutos han acabado sus tazones, el abuelo y la abuela no tienen prisa alguna. Los niños van solos a la escuela, no antes sin lavarse la cara y repeinarse. Josefa recoge los tazones y las cucharas de la mesa y se dispone a fregar los cacharros amontonados en el pozo de la fregadera.

Barre la cocina muy por encima, también el pasillo y los cuartos, recoge la porquería y la saca al patio, cambia la escoba por la de biércol y barre todavía más por encima la calle y el patio, esparce dos calderos de agua por la calle, y aprovecha para echarle otros dos calderos a las plantas.

Abre las ventanas de los cuartos, quita las sábanas de los abuelos y las saca a airear a la ventana, hace las camas de los niños, quita el polvo por encima de algún armario, mientras atiende alguna vecina que viene a por la leche que tiene ajustada.

Ayuda al abuelo a salir al poyato de la calle, lo sienta, coloca a su lado en una silla con un cojín a la abuela. Allí estarán hasta la hora de comer, que normalmente coincide con el momento en que el sol da de lleno en el rincón donde están sentados.

Recoge la ropa para lavar, hoy no es día de colada, la junta en una banasta, todavía no hay suficiente ropa esperará al lunes para bajar al pozo a hacer la colada, se lo piensa mejor, aunque no hay mucha ropa sucia decide bajar al pozo a lavarla, ya que esta semana no toca amasar el pan, y eso si que le llevará por lo menos cinco o seis horas.

-    ¿Ya sabéis lo que le ha ocurrido a Timoteo?

-    ¿Qué le ha pasado,  pues?

-    He oído que se ha ido Isabel.

-    Ya me parecía a mí demasiado remilgada, esa señoritinga de Zúñiga. Ya decía yo que no le iba a durar ni una semana. Comentaba Teófila maliciosamente, mientras frotaba y frotaba unos pantalones sucios.

-    Sí, sí, se casaron en Zúñiga, han pasado el viaje de novios en San Sebastián, hace cuatro días volvieron al pueblo y según tengo oído nada más ver la casucha puso mala cara, y le ha hecho la vida imposible al pobre Timoteo.

-    Sí, sí, así es comentó otra mujer, yo la he visto marcharse con una maleta; pero no sabía que se iba para siempre, aunque sí que me pareció raro que se fuese tan pronto, a los cuatro días de llegar, pero pensé que tendría algún negocio que hacer.

-    Sí, sí menudo negocio comentó Matilde, a la vez que cogía de la banasta una prenda, la metía en el agua, la enjabonaba, la volvía a meter en el agua, frotaba las manchas más visibles. Menuda pájara es ésa, ya me comentaron mis hermanos, siguió murmurando Matilde mientras cogía la prenda entre las dos manos para escurrirla.

Josefa vuelve del pozo, da una vuelta por el pajar, recoge los huevos que han puesto las gallinas, les pone pienso y agua a los conejos, a la vez que sube al palomar a poner agua a los pichones. Deja los huevos en la cesta que hay en la fresquera para ello.

Se quita el delantal y atraviesa la villa para ir a comprar unas alubias y de paso bajarle la leche a Celes, charlan un rato, y Celes le pone los cuatro kilos de alubias blancas que tiene concertadas, de paso le baja el medio litro de leche a Paca, que está enferma en cama. Se tropieza con unos cuantos vecinos a los que saluda y hablan algo sin importancia y vuelve sin detenerse excesivamente.

Le coloca bien el vestido y el pañuelo de la cabeza a la abuela. Echa de nuevo una astilla al fuego. Pone la mesa con nueve platos, cucharas, tenedores y cinco vasos, los hombres beben del porrón, ya llegan los hombres del campo, el cuñado suelta las vacas y los niños las bajan a beber agua al pilón, para cuando llegan los niños, ya están todos en la mesa, Josefa saca el porrón de la fresquera, el niño pequeño llega con el barril lleno de agua fresca de la fuente. Comemos, los hombres se van directamente a la siesta.

Josefa recoge y friega los platos, barre la cocina, prepara de nuevo la alforja con la merienda. A las tres en punto, los hombres están saliendo de nuevo al tajo. Josefa lleva al abuelo a sentarse en el sillón de mimbres del patio, luego lleva también a la abuela y la pone a su lado. Su marido se ha retrasado buscando una hoz, y se despide de Josefa, hoy no vengas al campo, todavía no haces falta, el trigo no está del todo seco, por lo que es mejor que te quedes por aquí, le echas de comer a los cerdos.

Echa otros dos pozales a las plantas del patio. Arrima una cacerola grande con agua al fuego, echa unos tronchos de berza y unos cuantos kilos de patatas del año pasado, ya arrugadas. Esta será la comida de los cerdos de casi toda la semana.

Mira el montón de ropa para planchar, al instante desecha la idea, hasta el sábado por la tarde puede esperar la plancha, se dirige al corral con un balde lleno de salvado para los cerdos, lo mezcla con agua en el cocino, los cerdos se acercan apresuradamente al cocino, Josefa baja al huerto, riega unas berzas recién plantadas, saca tres potes de patatas y elige 5 tomates grandes, rojos y maduros. Vuelve sin detenerse, lo primero que hace es preparar dos tazones grandes de leche, con galletas para los abuelos, le pone bien la boina, y le suena los mocos con el pañuelo que lo guarda de nuevo en el bolsillo del chaleco, acompaña al abuelo a sentarse debajo de la higuera, a la sombra, saca las sobras de la comida y las echa cerca del olmo, las gallinas se alborotan y acuden todas a la vez a picotear los desperdicios.

Al anochecer, llegan las dos cabras hasta el portalón del pajar, Josefa se mete la mano en el bolsillo y saca un currusco de pan, lo parte en dos y se los da a las cabras, mientras les abre la puerta y las guarda, llama a las gallinas y una a una van entrando por la puerta.

Baja al abuelo al hogar y vuelve a por la abuela. Pone nueve platos en la mesa, llegan los hombres, se oyen los perros, los cuñados le quitan el capazo al caballo, y lo meten al corral, les echan el pienso y suben para la cocina, los hombres se lavan las manos, el marido se ha entretenido en exceso observando las vacas, un niño baja a llamarle, la cena está servida, el perol con la sopa de ajo ya está encima de la mesa, les va sirviendo uno a uno. Un cuñado saca un pan del cajón, un niño baja a llenar el porrón de la cuba que se encuentra en la bodega. Se acaban la sopa, y Josefa pone la bandeja de huevos fritos con patatas fritas. Cenados, salen todos a la fresca, excepto los abuelos que es Josefa los que los acuesta. Baja también Josefa a estar un rato en la fresca con todos, no mucho, pues todos están cansados y se van despidiendo uno a uno.

Josefa lava los platos de la cena, y pone unas alubias a remojo para el día siguiente, barre la cocina, se da un garbeo por el cuarto de los niños, tapa al más pequeño, al pasar por su cuarto oye los ronquidos profundos del marido, llama a los perros, les echa por la ventana las pocas sobras de la cena, cierra la puerta del patio, se desnuda y se acurruca junto al marido sin meter ruido para no despertarlo.

**14.** **Engracia y Crescencio, el hermano menor de Gabino**

-      Hola muchachas

-      Buenas tardes

-      Bailas

-      Bueno

-      ¿De dónde eres?

-      Del otro lado de Codés

-      ¿De Álava?

-      No, no navarro, como tú. Del otro lado de Codés, pero navarro.

-      ¿De dónde?

-      De Nazar

- Ah de Nazar, ahí tenemos parientes, los pimporretes... Los conoces.

- No los voy a conocer...

-      ¿Ha venido mucha gente, eh?

-      Sí, sí como siempre, las fiestas de esta localidad son famosas.

-      ¿Cómo te llamas?

-      Engracia

-      ¿Y tú?

-      Crescencio

-      Bueno, ha acabado el baile.

-      Encantado, hasta luego Engracia.

 Había un gran ambiente. Hasta la hora de la cena anduvimos en grupo tomando tragos de casa en casa, de vez en cuando nos acercamos al baile. Al llegar la hora de la cena nos dividimos de dos en dos, para que fuese más fácil que nos convidasen, ese día a Crescencio le tocó hacer pareja con Benito.

 -      Se puede

-      Adelante

La mesa casi estaba llena, unos 20 comensales. Había cinco platos más preparados. Esperaron cinco minutos y allí apareció el amo con otros tres invitados de su edad. La primera mujer que entró con la bebida fue Engracia, la qué quedó tan sorprendida como Crescencio al verle allí.

Engracia le echó dos o tres miradas risueñas, casi sin mirarle. El amo les saludó atentamente a los invitados, en especial a Benito, le preguntó por sus padres. Se quitó la boina y comenzó una oración antes de la cena: “Bendice Señor estos alimentos, que vamos a tomar… “

 Una cena especial. De todo. Conejo, cordero, cabrito. Cenaron sin prisa. Dos copas de anís y con el puro en la boca salieron a la calle.

 Cuando aparecieron por el baile, ya estaba para acabar. Le pidió baile a Engracia. Bailaron dos piezas lentas seguidas.

-      Dentro de tres semanas son las fiestas de Cabredo. ¿Irás?

-      Sí. Todos los años vamos.

-      Allí nos veremos.

-      ¿Ya te vas o qué?

-      Sí ya tengo la hora.

 A finales de agosto en las fiestas de Murieta se encontró con las amigas de Engracia. Unos metros detrás de ellas apareció Engracia con otra chica algo más joven que ella.

-      Hola Engracia

-      ¿Qué  tal, Crescencio?

-      ¿Dónde has andado durante todo el verano?

-      En el pueblo, como siempre

-      ¿Porqué no apareciste en Cabredo?

-      Ah, ah, al final no pude. Se atrasó la cosecha y no pudimos ir.

-      ¿Bailas?

 Dos horas estuvieron juntos, bailando, hablando. Le pidió casamiento.

 El 12 de octubre nuestros padres y él mismo, vestido con el único traje que tenía fueron a Azuelo a la petición de mano de Engracia. La boda se celebró la primera semana de mayo.

 -      Crescencio, estoy nerviosa

-      Tranquila mujer, es normal. Ya verás que bien te llevas con los de casa.

-      No sé. No sé. Igual tiene razón mi hermana, que no para últimamente de repetirme : “La boda no es una cosa de bromas. Lo que se hace en una hora dura para toda la vida”.

-      No te preocupes, mujer.

-      Piensa en el viaje de novios. Iremos a San Sebastián, mejor dicho a Lasarte y Hernani donde nuestras tías. Así gastaremos menos; pero tendremos oportunidad de visitar San Sebastián.

-      Tira, bien me parece.

- Me han comentado que la ciudad de San Sebastián es preciosa.

 A la semana ya estaban de vuelta. Engracia subió la cuesta que llevaba al domicilio detrás de Crescencio. Tipi-tapa, tipi-tapa. Empujaron la puerta de la calle, agradecieron la temperatura del portal, pero la nube de moscas revoloteando con que se encontraron nada más llegar a la escalera no se le hizo muy agradable. Crescencio dio la luz, al lado, en la cuadra había dos vacas royas, y un caballo.

 Subieron las escaleras a oscuras, pasaron al salón. Estaban todos esperándoles, excepto el padre de Crescencio. Una multitud. El tío soltero, dos tías solteras viejas, dos hermanos, la tía viuda...

 -      Hola

-      Hola

-      ¿Qué tal en San Sebastián? ¿Habéis visto el mar? ¿Os lo habéis pasado bien? Les preguntó la madre de Crescencio toda nerviosa.

-      Sí, ha sido muy agradable. Nos han tratado muy bien. El ambiente de la ciudad nos ha gustado mucho. El mar nos ha encantado.

-      ¡ San Sebastián, San Sebastián! ¡Qué tiempos aquellos!

-      Nosotros también hace 40 años estuvimos en San Sebastián de luna de miel. Todavía recuerdo Igueldo, La Concha, la iglesia de Santa María.

-      Bueno siéntate. Me callaré. Seguro que estáis cansados. ¿Os apetece un café con leche?

Tomaron un vaso de leche, y enseguida se fueron a la cama, aunque estaban desechos Engracia no logró conciliar el sueño tan fácil, serían las 4 de la mañana cuando logró dormirse, Crescencio nada más apoyar la cabeza quedó completamente dormido.

-      ¿Qué te ha parecido la familia?

-      Está bien.

- Lo que más me ha llamado la atención ha sido la  puerta labrada del salón.

-      ¿Y la familia?

-      Bien.

 Se despertaron cerca de las 8 de la mañana, ya estaban en la comedor el tío Tomás, las tías Felicitas y Cirila. No había luz eléctrica más que en el salón y en la cuadra. La vida se hacía en la cocina vieja al lado del fogón. Los demás estaban sentados en el banco corrido. La cocina era una habitación pequeña, sin ventanas, interna, en la vivienda, oscura, ennegrecida por el humo. La chimenea estaba en el centro de la habitación.

Crescencio se bebió de un trago el tazón de café con leche y sin decir ni palabra salió de la casa. Engracia estuvo todo el día esperando la llegada de su esposo. Barruntó la llegada de Crescencio y bajó las escaleras. Era de noche, no le preguntó nada. Cerró la puerta, la abrazó y le dio dos besos, estuvieron unos diez minutos contemplando los animales, ella subió a la cocina, mientras Crescencio se quedó media hora más.

 Pasaron dos, tres semanas y no cambiaba nada. Los días eran copia uno del otro. La media hora que Crescencio se quedaba en la cuadra junto a los animales se convirtió en una hora.

Las miradas cariñosas de Crescencio seguían siendo como el primer día; pero pronto se dio cuenta que se había casado con un hombre de pocas palabras, que de nada serviría intentar explicarle sus preocupaciones, no las entendería.

Las discusiones entre Crescencio y su padre fueron en aumento. Cualquier contratiempo era causa de polémica.

El colmo fue cuando al padre de Crescencio se le ocurrió echarle en cara el comportamiento de Engracia: “La mujer que has traído va a arruinar la hacienda”. ¿A quién se le puede ocurrir en un domingo cualquiera matar una gallina?

No estoy preparada para llevar esta vida de matrimonio, se repetía una y otra vez Engracia. Al principio ella misma se consolaba, tranquila, no tienes más que 20 años, con el tiempo todo cambiará. Pero pasaban los meses y la situación no mejoraba.

Pasaron los meses y nada cambió.

La hermana solía venir de vez en cuando a pasar el día con ella. Por fin un día se decidió a comentarle sus preocupaciones.

- Cuando llegó la hora de casarse me sentí la mujer más feliz del mundo. Logré lo que aspiraba toda mujer. Un hombre, una familia, una hacienda, una vivienda y un hogar.

- No sé cómo explicarte, no es fácil. No vivo contenta, siento una gran tristeza. Creo que lo voy a dejar todo, no me queda ilusión. No sabes cuantas noches cuando se duerme Crescencio echo a llorar como una niña.

- No te preocupes, es pronto. Deja pasar unos meses. A todas nos ha pasado lo mismo.

- La soledad se me hace insoportable.

Gracias a las visitas de sus familiares y el cariño de su marido, los meses pasaban más mal que bien.

El padre acostumbraba a visitar a su hija una vez al mes por lo menos. El perro comenzó a ladrar de una forma especial, señal de que se acercaba su padre por el camino de Otiñano. Salió a su encuentro. Cinco minutos después apareció con una cesta de fruta en una mano y el bastón en la otra. Sin dejar el bastón se sacó el papel de fumar del chaleco y se puso a liar un cigarro, le dio unas cuantas veces a la rueda de la chispa, una vez encendido el cigarro rodeo el agujero del mechero con la mecha y de nuevo se metió el mechero en el bolsillo pequeño del chaleco.

* ¿Qué tal hija?
* Tirando.

Estuvo en un trance de decirle la verdad. ¿Pero cómo le podía preocupar con sus tonterías, sí ni ella misma sabía a qué se debía su preocupación? El padre se fue al otro día por la mañana contento y orgulloso de las obras hechas en el domicilio de su hija: se había construido una nueva cocina, con luz natural y eléctrica, con un armario blanco en medio de la habitación y una cocina económica que no la había visto ni en las casas más pudientes.

Engracia intentó hablar con su marido. Total para nada. Era hombre y de pueblo. Pronto se dio cuenta que el hablar sería en balde, pues aparte de no entenderlo tampoco tenía muchas oportunidades de conversar con su esposo a solas.

Se trataba de un hombre especial, nunca tenía la menor duda, tomaba las decisiones en un abrir y cerrar de ojos. Me da la impresión que nunca se enteró de mi soledad y melancolía. No tenía en la cabeza más que el trabajo, el ganado y el sexo, especialmente el sexo.

Un domingo después de misa decidí comentarle:

* Crescencio, no puedo más, el ambiente de esta casa, de este pueblo se me hace insoportable.

Se quedó pensativo: Mirándome fijamente a los ojos me dijo:

* Tranquila, ya verás como todo se pasa con el niño que está por llegar. Y se quedó tan tranquilo. No le dio ninguna importancia. Descolgó la escopeta, llamó a los perros y se fue a cazar como si nada hubiese ocurrido.

Una semana más tarde llegó mi hermana.

* Hermana, no puedo más. Tengo que volver a Azuelo, este modo de vivir no es vida.
* ¿Te arreglas mal con Crescencio o qué?
* No. No, no es eso. Lo quiero y me corresponde como el primer día.

Todas las noches viene donde mí como si fuese el primer día. Por ese lado no me puedo quejar. Aunque han pasado algunos meses, no se ha apagado la ilusión sobre todo para eso.

* Todo no se puede tener. Ya te lo advertí. Somos mujeres, hemos nacido para sufrir. Sé fuerte. Sé inteligente. Hazlo por lo menos por el niño que llevas dentro. El padre de Crescencio es ya mayor, pronto todo será tuyo.

Piensa que no te ha tocado la peor casa, ni mucho menos, ni tampoco el peor lugar para vivir. ¿Cuántas quisieran para sí tu situación?

* Eso no me consuela.

Bueno. Prepararé el almuerzo.

* ¿Qué quieres? Te parece bien ¿Unas magras?
* Es un poco tarde, pero tira.

La mesa estaba preparada. Todos esperando. Por fin llegó el padre de Crescencio. Apareció con un puño de espigas en la mano.

* ¡Mira Crescencio! ¡Me cagüen Dios!¡Me cagüen la Virgen Santa!
* Las espigan no han granado. ¡Están huecas!
* Les ha entrado la niebla.
* ¡Qué simiente habéis usado!
* Ya sabes que simiente hemos usado. La que nos agenció ese maldito explotador. La que te vendió Primitivo. A él es al que te tienes que enfrentar y no con los más cercanos.

La comida no fue tranquila, se entabló una fuerte discusión entre los hombres. Crescencio una y otra vez mencionó las injusticias y abusos de Primitivo.

* Padre, esto es insoportable. Primitivo cada año nos roba un trozo de terreno, este año ha movido los mojones por lo menos 20 centímetros. ¡Y tú lo sabes!
* Padre, de seguir así, nos dejará sin hacienda. Este año nos quedaremos sin cosecha.
* ¿Qué nos pedirá este año, a cambio de nueva simiente?
* Algo tenemos que hacer.

Nos quedamos preocupados, en el reloj de la torre de la iglesia daban las dos y media de la tarde, cuando vimos a Crescencio marcharse enojado con la escopeta al hombro bajar las escaleras del granero. No reparó en nadie, ni en el vecino que estaba picando la guadaña debajo de un nogal. En un instante atravesó las calles de la localidad. Aunque no era tiempo de caza nadie le dio importancia a los dos tiros que se oyeron. El cuerpo de Primitivo cayó junto a la mies recién segada.

La desgracia entró en la familia. La mujer amaba a Crescencio. Él la hacía feliz. De ese día en adelante la vida de la familia cambió por completo. ¿Cómo vivir sin sus caricias, sin su sudor, sin su fuerza? Lo llevaron preso a la cárcel de Pamplona.

Pasado un mes, nació el niño. Le pusieron de nombre Jesús. Aunque parecía normal a medida que pasaron los años las taras quedaron a la vista. Aquel mismo invierno murieron el padre y la madre de Crescencio. Uno detrás del otro. Los ciudadanos fueron crueles con la familia, hasta les prohibieron espigar las plantas que se quedaban en los campos y en los caminos después de recogida la cosecha. Les robaron las tierras. Quedaron en la pobreza total, hasta que tuvieron que ir de aldea en aldea, de puerta en puerta en busca de caridad. En toda la tierra de Estella se les conoció como el tonto de Nazar y su madre.

1**5. El retorno**

Cuarenta años después, el autobús de línea de Vitoria a Estella de las 4,45 de la tarde, Pinedo, para en Acedo. Lo he encontrado tal como lo dejé. Hasta la moza que estaba en la puerta del bar Montón me pareció que era la misma que estaba cuando cogí por última vez el tren. Sin duda, se trataba de alguna hija o sobrina.

La escuela, la iglesia, el reloj de la torre, el frontón, el palacio al lado de la plaza, hasta los árboles eran los mismos. Todo seguía igual. Como si no hubiese pasado el tiempo, como si se tratase de un sueño, como si fuese ayer. Pero han pasado 40 largos años fuera de esta tierra.

En la plaza, esperando al autobús estaban un Renault 8 pintado de azul claro, un viejo Gordini de color crema y Alberto con el taxi de color negro. Un muchacho se me acercó con la intención de subirme al pueblo, luego supe que ese muchacho era el torcido de Ubago, un muchacho bonachón, de pocas palabras.

* ¿Vas al pueblo?
* Sí, sí, pero tengo bastantes bultos, cogeré el taxi.

Me hizo gran ilusión el ofrecimiento y el recibimiento recibido. Casi con la emoción no fui capaz de agradecerle el gesto.

Después de colocar con cuidado las maletas y los bultos pausadamente en el taxi de Alberto hemos hecho los seis kilómetros de distancia entre Acedo y Nazar.

* ¿Vuelves para quedarte?
* ¿Qué tal está la familia?

Pronto me di cuenta que estaba bien enterado de las últimas noticias.

* Sí. He venido para quedarme. Desde que me fui no he tenido otra idea. Francisca, la mujer se me ha muerto hace cinco meses, y los hijos ya hacen su vida y se han asentado en el país, es su patria.

Ha sido emocionante contemplar los campos, las casas, la Sierra de Codés, San Gregorio... Tanto que no he podido reprimir unas cuantas lágrimas, especialmente cuando me ha venido a la memoria Francisca. Una sensación de tristeza y emoción me ha asediado durante los siguientes minutos, desencajado, a pesar de la amabilidad de Alberto, un hombre serio, educado, bien vestido, siempre con chaqueta americana, camisa blanca y pantalones de tergal, también los días de labor, hice el resto del viaje ensimismado en mis pensamientos.

**16. El pueblo**

Idéntica impresión he sentido al saludar a los vecinos, especialmente cuando me he encontrado con Felipe y Fulgencio, junto con Benito, únicos supervivientes de mi edad. Visitar los lugares recorridos en la niñez y especialmente al reencontrarme con los sitios que había compartido con Francisca en los años jóvenes ha sido una sensación difícil de expresar.

¡Qué alegría, encontrar todo tal como lo dejé, tal como lo imaginé durante estos últimos años desde la distancia! La sierra, las calles, los pedruscos, los árboles, las fuentes, los setales. ¡Todo igual!

* Fulgencio. Estás igual.
* Sí, sí, así parece, pero no. Las piernas no me siguen, los pulmones no tienen fuelle. Te acuerdas del viejo matacas, pues así estoy yo.
* Tú sí que te conservas, bien. Tienes la figura de un cura. Las manos blancas, la piel tersa, el pelo bien cuidado y recortado.
* No creas, todos tenemos lo nuestro. De todas maneras no nos podemos quejar. La cabeza, por lo menos, nos funciona de primera.
* ¡Mira el otro! Algo tendremos que tener bien. ¿No? Siguió murmurando Fulgencio.

Éste sí que es el mismo Fulgencio de siempre, pensé para mí.

Junto a la fuente, sentado estaba Benito. Nos quedamos en silencio el uno al frente del otro, serios, nos miramos fijamente a los ojos. Se echó a llorar, bajó la cabeza y se dio media vuelta, sin decir palabra se alejó.

Físicamente no había cambiado mucho, alto, delgado, elegante. Pero, sin embargo, me ha parecido que tenía la mirada perdida. Mirada de tristeza, diría yo. Sin duda, no es el Benito de la juventud que conocí.

* De hace dos años aquí Benito no anda bien de la cabeza, me ha comentado Fulgencio, sin decirle nada, dicen que tiene Alzheimer, comenzó hace dos años a perder la memoria de lo cotidiano, no de lo que sucedió hace cuarenta, cincuenta años, es el que mejor recuerda aquellos años. ¡Pobre Benito! La bocina de Cecilio, el carnicero interrumpió la conversación.

Al día siguiente, a las 9 de la mañana llegó Don Javier, el párroco de Sorlada, en un coche nuevo y reluciente, ni entró en la iglesia, el monaguillo salió con el hisopo de la sacristía y en menos de diez minutos esparció el agua bendita de San Gregorio a los cuatro puntos cardinales en las mismas paletejas, y acabó con la ceremonia que hace cuarenta años hubiese durado hora y media, y a la que habría acudido todo el pueblo con sus mejores ropas.

Las campanas de la iglesia se han quedado mudas. Tan solo dan las horas. Ya no se toca al Ángelus, a oraciones, a nublado... El grupo de los hombres nos quedamos en las paletejas, delante de la iglesia, comentando anécdotas de la juventud, y yo respondiendo a las preguntas que me hacían sobre Chile, en estas estábamos cuando el reloj de la torre marcó las 10 tac, tac, tac, tac...

Benito comenzó a gritar ¡Están tocando a muerto! ¡Están tocando a muerto! Nervioso iba de un lugar para otro.

* Le ofrecí un cigarro, con la intención de que se calmase. En aquel mismo momento se oyó la bocina del panadero, Carrasco el de Mendaza, venía todos los días con un camión a repartir el pan de pueblo en pueblo.

Benito se acercó al instante.

* Trae, trae.

Consumió la mitad del cigarro en cuatro caladas.

* Mejor harías en dejar de fumar. Me dijo Fulgencio de malas maneras.

Benito para entonces ya tenía la colilla del cigarro consumido, medio apagada en el labio derecho. Ver en esta situación a Benito, completamente enajenado me ha impresionado.

**17. Uribe**

Estimado Uribe. Te envío gustoso estas letras para darte a conocer las primeras impresiones de nuestra tierra. Hace unos años, no tantos. Dejamos calles embarradas, charcos, pozos, huellas de pisadas de caballerías medio llenas de agua. Los niños y niñas, corriendo y gritando por callejuelas, sin importarles los hoyos, las piedras, la maleza, los troncos, las ramas. Los más pequeños entorcados, sin poder sacar las albarcas de los barrizales. El cielo surcado por bandas de palomas caseras, revoloteando por encima de los tejados. Caballos, yeguas, burros, yuntas con sus carros chirriando por las calles, entre las casas de piedra irregular de color pardo-grisáceo.

La primera impresión es que todo ha cambiado, que no queda nada de nuestro mundo; pero con el paso de los días me voy dando cuenta que no es así. Y aunque me he encontrado con las tierras de labranza sin ribazos, sin árboles. La llegada de la parcelaria han acabado con la variedad de colores de los campos, los herbicidas han acabado con la variedad de plantas vistosas y muchas aves e insectos.

Los edificios han pasado de la piedra ocre a la blancura de la cal, ya no queda ni una sola con la piedra a la vista.

Hasta los actos religiosos ha perdido su valor, la gente ya no acude a la iglesia con sus mejores ropas, los jóvenes ya ni se arriman.

Y sin embargo, en el fondo en lo importante no ha cambiado para tanto, en lo esencial sigue siendo el mismo pueblo.

Hace una semana estuve en tu pueblo, todos te recuerdan, pero esto también ya te lo contaré en la siguiente carta. Me ha encantado, nunca hubiese pensado que en Extremadura hubiese poblaciones así, verdaderamente tengo que reconocer tu humildad.

También el frío y las nieves hacen su aparición por aquí, casi las tenía olvidadas. Será la edad, pero la humedad cada vez se me hace más dura. Te estoy esperando para enseñarte el juego de pelota, navarro, de una sola pared, las encinas que bordean el campo de fútbol, troncos huecos, ramas rejuvenecidas, solemnes, dignas de ver; por desgracia estos son los únicos encinos que han quedado de aquel bosque impresionante que había cuando yo partí.

Hoy lugar apropiado para encontrar el sosiego, la tranquilidad, el silencio, la calma; lugar sin igual para pasear entre encinas, robles, hayas, bojes, sabinas, enebros, tejos… montes antaño poblados de carboneros y pastores, hoy remanso de soledad.

Ya llevo año y medio por estas tierras, y parece que fue ayer cuando regresé, ayer me di una vuelta por Otiñano, a escasos dos kilómetros, es aquí donde llevó a cabo sus andanzas el brujo de Bargota. El que según dice la leyenda convirtió al cura de Otiñano en un peñasco puntiagudo con forma de obispo, los leñadores todavía dicen que lo siguen viendo vagando entre los montes en los días fríos y nubosos de invierno.

Amigo, Uribe, los tiempos han cambiado, en estos pueblos que hace unos años no se conocían más que los brabanes, las layas, y las hachas hoy no se ven más que tractores y cosechadoras. Ya no se ven los cerdos sueltos, las gallinas y los pollos picoteando de un lado para otro. No quedan más que dos caballos y alguna vaca que otra para leche.

Todas las semanas me doy un paseo hasta Mirafuentes, normalmente aprovecho para mantener largas conversaciones con el secretario del municipio, Pablo Antoñana. Hace dos semanas te envié su última novela, espero que sea de tu agrado, a mí me ha dado muy buenas sensaciones.

En el municipio ya sólo una familia trilla a la vieja usanza, y sólo cuando siembran habas en un terreno que no puede entrar la moderna maquinaría. Es todo un acontecimiento ver como se llevan a cabo las viejas tareas: la limpieza de la era, rellenando los huecos, quitando los pequeños montículos con los azadones, pasando la escoba para dejar la era más limpia que la patena. No te puedes imaginar qué satisfacción supone ver extender la parva, ver las caballerías dar vueltas y vueltas con los niños montados en el trillo.

Camarada Uribe, aunque los primeros días parece que todo es nuevo, que no queda nada de lo vivido, en definitiva no ha cambiado para tanto, siguen vivas las viejas tradiciones de siempre.

**18. Un jueves cualquiera en Estella**

- Hace frío. ¡eh!

- ¡Qué va! Hoy no hace para tanto.

- Más vale. Le contesto, mientras me coloco bien la bufanda, y me subo las solapas de la gabardina.

Hace rato que oímos el ruido de La Estellesa, pero no acaba de llegar.

Entramos al autobús a empujones en busca de calor. Imposible, por las ranuras se cuela el aire frío. Llevamos una hora pasada de viaje para hacer los escasos 25 kilómetros, este trasto tiene parada obligatoria en todas las poblaciones, paramos en Oco, Legaria, Etayo, Abaigar… en Murieta suben alrededor de 10 viajeros. Por fin llegamos a Estella, todavía sigue haciendo frío.

-¿Vamos a almorzar al Cachetas? Me comentó Fulgencio nada más llegar a Estella.

Tomamos unos callos acompañados de una botella de vino tinto de Mañeru. Fulgencio se echó la mano al bolsillo y sacó una cartera vieja atada con una goma. La abrió y dejó a la vista un fardo de billetes.

En el Monjardín tomamos una copa de cadenas, otra de Terry y un farias.

De allí nos dirigimos a la tienda de Miquelez, pido dos cajas de cartuchos “El halcón” y “Trust” y una piedra de afilar la guadaña. Después vamos a la tienda de ropa Armañanzas a comprar dos camisas de cuadros y dos boinas Elosegui.

Sin darnos cuenta se nos han hecho las 12 del mediodía, Estella parece un enjambre. Cada dos pasos que damos saludan amigablemente a Fulgencio.

* Buenos días Fulgencio.
* ¿Qué tal pareja?
* Hola nazarenos.
* Buenos días. Hoy también os habéis animado a venir. ¿eh?
* ¿Qué pareja, no queréis saber nada con los pobres, o qué?
* ¿Qué tal la cosecha por la Ribera?
* ¿Desde cuándo somos de la Ribera? Le comento sorprendido a Fulgencio.
* Ya sabes, que para los de la Montaña, los de Estella para abajo somos de la Ribera.
* ¿Tanto tiempo sin vernos, Fulgencio? ¿Qué tal cosecha tenéis por La Berrueza?
* Parece que viene buena.

Nos siguen haciendo otras tantas preguntas sin esperar la respuesta. Para entonces ya tenía la impresión de que se trataba de un diálogo entre sordos, y lo de menos era lo que se respondiese, era más un rito entre conocidos, un decir algo por decir. Fulgencio para todos tenía respuesta.

* No, no, este año no ha sido buena cosecha, al final las espigas no han granado bien, no ha producido ni la mitad de lo que se esperaba. De paja bien, pero el sol de los últimos días la ha apurado, el grano se ha quedado pequeño.

De nuevo me han sorprendido las respuestas de Fulgencio, pues en Nazar decían que este año había sido una buena cosecha. Le he comentado al oído

* ¿Pero en el pueblo no comentáis que ha sido una buena cosecha?
* Sí, pero...

No esperaba encontrarme con semejante ambiente. Un verdadero enjambre de personas yendo de un lugar para otro. Fulgencio en su salsa. Tanto que la cojera ni se le notaba . Parecía el marqués de Cábrega, si todos los que le saludan supiesen que no tiene ni cinco robadas de tierra, si supiesen que sus propiedades no llegaban a las dimensiones de un campo de fútbol.

Estaba abstraído en estos pensamientos cuando nos ha convidado a un chiquito Antonio el de Sansol, por él hemos sabido que en la zona de Los Arcos se habían plantado grandes terrenos de viña.

Hacía tiempo que no comía tan bien. Menestra, y cochinillo asado.

* ¿Qué te apetece una partida al mus o un partido de pelota?
* Pelota, al mus ya jugaremos en cualquier otro día. Le respondo.
* No creas, no es lo mismo, las partidas de los jueves son especiales.

Con el puro en la boca hemos entrado en el trinquete.

* ¿Qué hora es?
* Las tres y media.
* Ahora comenzará el partido. Vamos date prisa.

Ya estaban calentando los cuatro pelotaris. Uno de ellos moreno, de pelo rizado, Chichán. El partido está por comenzar, Chichán contra dos mocetones de Abarzuza. He aprovechado que Fulgencio se ha quedado en el servicio para jugarme cien duros a favor de Chichán.

Saca Chichán. El primer tanto inacabable, más de 50 pelotazos. Chichán a la defensiva, ha levantado seis o siete pelotas que parecían inalcanzables.

6-0. El partido no puede ser más peloteado. Los tantos largos, pero al final todos caen del lado de los de Abarzuza.

12-1. Falta de saque. Más vale. Chichán parece derrotado, sin fuerza, no es su día. Parece que la mano derecha la tiene tocada. No puede pasar ni una pelota del cuadro seis.

15-4. Fulgencio, ya he perdido cien duros.

* ¿Has apostado o qué?
* Sí.
* No te preocupes todavía no has perdido. He visto muchos partidos de Chichán. No te puedes fiar, ¿Quién te dice que no está perdiendo aposta? Otros partidos mucho más comprometidos que éste le he visto darle la vuelta. Muy pocos saben cuando sale a ganar o a perder.

17-4. Dos tantos más en contra. El último tanto muy bien trabajado. Chichán ha tenido a los contrarios a su antojo, de adelante atrás, del choco al ancho. Dos o tres veces se han estorbado entre ellos. Se les ve sudados, cansados, mientras Chichán ahora parece fresco, como si fuesen los primeros tantos. Pero al final comete un nuevo fallo estrepitoso. Un nuevo fallo. Y van...

18-4. Se acabó. Adiós a los cien duros.

Si todos los trinquetes son especiales, el de Estella es más. Sin fraile, sin tejadillo. En el frontis, sin embargo, hay dos pequeñas ventanas con una red de alambre. Si se acierta a dar en ellas el tanto es seguro, ya que la pelota se queda muerta.

Chichán ha entrado en el partido. La mayoría de los pelotazos los está poniendo en los cuadros traseros. Ha conseguido seis tantos seguidos.

19-10. Es la primera pelota que pega en la red de la ventana. Eso es suerte. Cuando parecía que el partido daba la vuelta...

20-10. Los contrarios ya dan el partido por ganado. Chichán consigue el saque de un fallo garrafal del delantero más joven de Abarzuza.

20-16. Chichán saca tres saques cortos, encima de la chapa, cruzados, imposibles de restar. El partido se anima. Todavía parece que está vivo.

21-16. Me jugaría el cuello que este tanto también lo ha perdido porque ha querido. Se oyen los primeros pitos. Gritos. Fulgencio y yo nerviosos, y no solo por lo que pueda perder, sino por el ambiente, el griterío. El único que parecía tranquilo en todo el frontón era Chichán. Comenzó a hacer diabluras, cortadas encima de la chapa, ganchos de izquierda al ancho.

21-21. Conseguido con un saque malvado, imposible de levantar.

21-22. Se acabó. Chichán ha ganado. Una dejada en el ancho. La mayoría de los espectadores la hemos visto mala, claramente ha pegado en la raya, en la parte de fuera además, también a Fulgencio y a mí nos ha parecido mala, como a la mayoría del público, pero el juez se ha quedado impasible.

Los gritos de tongo, tongo se oyen en la plaza de San Juan y hasta en la de Santiago, mientras yo me paso por taquilla a cobrar los cien duros.

**19. Un día normal**

A las 11 en punto, como todos los días salgo en busca de Fulgencio, Benito, y Felipe. Acaricio el perro que está tendido al sol enfrente de la puerta. ¡Qué raro, a pesar de llegar cinco minutos tarde no hay nadie esperando! He mirado de nuevo a mi “Folch Mar”, no es extraño, me he dicho hace un bochorno insoportable. ¡Quién es capaz de resistir esta chicharrina! Pasados diez minutos, cuando ya comenzaba a impacientarme aparece Felipe, cojeando, pues había perdido un pié en la Guerra Civil. Inválido de guerra para cobrar, pero sin embargo, uno de los más capacitados, y el que mejor conoce los setales y recoger biércol para hacer las escobas, el único que sigue usando tabaco picado cuarterón.

Pasada media hora llega Fulgencio.

Aprovechado la sombra de los árboles, y siguiendo el ritmo de Fulgencio, -cada día le cuesta más andar- paso a paso llegamos hasta un peñasco junto al camino, donde tomamos un nuevo respiro de un cuarto de hora, mientras Felipe y yo nos liamos un cigarrillo.

No sé si se debe al cansancio o a la ilusión de ver que nos vamos acercando a la vieja fuente hace que los latidos del corazón se hagan más palpables. La fuente está igual de cuidada que cuando la dejé. El caño sigue protegido con la misma media teja, 50 años y sigue todo igual. He bebido un buen trago del chorro, aunque lo mío me ha costado agacharme para llegar al chorro de agua.

El viaje de vuelta lo hemos hecho casi sin esfuerzo, gracias a las anécdotas que nos ha recordado Benito, como si le hubiesen sucedido el día anterior. ¿Recordáis el día que se me escaparon las vacas cuando las llevaba la pilón a beber agua? No tenía todavía ni 12 años, en vez de volver directamente a la cuadra como todos los días, cogieron el camino de Ubago, cuando parecía que ya les iba a tomar la delantera, y lograría cerrarles el paso, echaban de nuevo a correr. Así llegaron hasta el río Odrón, donde inexplicablemente se dieron la vuelta, y volvieron como si nada.

**20. Antiguos amigos**

Son las 12 y media. Tocan a la puerta. Es el cartero, Epi, que como todos los días en torno a esta hora suele pasarse con la correspondencia. Un enamorado de la caza. La destreza de sus cachorros, y el ciclismo son sus temas favoritos. Desde que ha cambiado su vieja bicicleta por la Lambreta no tiene prisa para volver a Acedo.

Otro tema de conversación es el ciclismo. En la época del Tour, aunque no sabe leer, para cuando llega a donde mí, se sabe de pe a pa lo que traen el Diario de Navarra y el Pensamiento Navarro. Nos pasamos la mañana comentando las hazañas de Carlos Echeverria, Francisco Javier Galdeano, Gabica...

Desde que Fulgencio no me visita tan a menudo, la llamada de Epifanio, se ha hecho imprescindible y necesaria. Es un hombre de pueblo de toda la vida, un hombre avispado e inteligente, nunca fue a la escuela, pero capaz de amoldarse a cualquier oficio y circunstancia. Es cartero sin saber leer. No hay nada que él no sepa de este valle.

Especialmente los días de invierno pasamos horas y horas comentando los acontecimientos del pasado. De él he conocido los nombres de los delatores en tiempos de la postguerra, los detalles de los fusilamientos. Los lugares y los participantes en las reuniones secretas. Quienes fueron los verdaderos instigadores de las decisiones más comprometidas y los autores de las tropelías.

Sábado, cinco de la tarde, pasaban los minutos y no llegaba nadie. Se avecinaba una tormenta, era un día de esos en que las moscas estaban pesadas, se posaban en los brazos y picaban. Llegó Felipe, no dejó mosca en paz, con golpes certeros con la boina acababa con seis o siete moscas cada viaje, y dejaba otras tantas atontadas revoloteando por los alrededores.

Fulgencio y Benito llegan a la vez, sudorosos. No sé si se debía al viento sur, pero Benito parecía más nervioso que de costumbre y tenía la mirada perdida. Toda la tarde la pasamos sentados a la sombra comentando nuestros temas.

Vosotros sí que vivís bien, nos comentó Fulgencio sin venir excesivamente a cuento. Tú con los negocios de Chile, Benito con su hacienda, y este, dos meses con los Nacionales, y mira le ha quedado una pensión de general para toda la vida.

Al atardecer, nos acercamos al altillo desde donde se divisa todo el valle, a lo lejos se ven seis cosechadoras y otros tantos tractores faenando en los campos. Allí, permanecimos las horas muertas, sentados, siguiendo el vuelo de las mariposas y los gaviones, oyendo de lejos el piar de los pájaros y de vez en cuando observando el vuelo de una babuta de colores vivos y diversos.

Pasan las horas, tranquilamente, no ha movido ni pizca de aire. No apartamos la vista de las cosechadoras rojas Laverda, que poco a poco van acabando con los terrenos de cereal como si de una plaga langostas se tratase.

¿Fulgencio recuerdas lo que nos ocurrió ya ni me acuerdo un jueves en Estella?, tendríamos unos 20 años. Entramos a una bodega a comprar dos botellas de anís las cadenas. Una vieja de Bearin estaba contando una historia bastante desgraciada. Cuándo acaba la mujer de contar la historia, no se le ocurre a Fulgencio más que decir ¡qué triste, qué triste! Y todos los que estaban en la tienda entendieron ¡que chiste, que chiste!.

Fulgencio repetía y repetía triste y ellos entendían chiste. Y cuánto más lo repetía más se mosqueaban. La cara de los allí presentes se iba encendiendo más y más.

¿Pero qué os ocurre? Se enfadó Fulgencio. Pero si lo que estoy diciendo es lo más normal.

Normal, normal, eso no es normal.

Al final por fin a Fulgencio se le ocurrió cambiar la frase y en vez de usar la palabra triste, usó la palabra pena, yo tampoco entendía el enfado de los presentes. ¿Pero no me digáis que no os da pena a vosotros qué aquélla pobre mujer se tuviese que ir del pueblo porque lo mandase el cura? ¿No me digáis que no os parece triste? Se acabó la discusión. Se acabó el enfado. La frase tuvo sentido y todos la entendieron. Entonces nos dimos cuenta que nuestra tr no era como la del resto de Tierra Estella, o por lo menos la de los clientes que en ese momento estaban en la tienda. Y con esta anécdota nos despedimos hasta el día siguiente, aunque hacía una temperatura que invitaba a quedarse al fresco toda la noche.

Al día siguiente Fulgencio no aparecía, a pesar de que la hora que teníamos para reunirnos había pasado de sobra. Poco a poco comienzo a impacientarme. Normalmente él es el primero que llega. Ya pasaba media hora, cuando me pareció ver el 127 blanco del médico aparcado enfrente de la vivienda de Fulgencio. Bajé preocupado, pensando que le habría ocurrido algo serio. Nada más empujar el ventanillo de la puerta me encuentro con Fulgencio sentado tranquilamente en la mecedora de caña medio adormilado.

* ¿No sales hoy o qué?
* No, que no hay nadie en casa y el nieto tiene fiebre, y ha venido el médico.

Como en la calle hacía un sol sofocante, decidimos quedarnos charlando en el portal.

**21. Benito**

A los pocos días, un día cualquiera a Benito se le olvidó andar. Se le metió en la cabeza que no podía andar, y no fue capaz de dar un paso más. Desde este día no tuvo un instante bueno. Los últimos días los pasó insultando y ordenando a los peones, aunque para entonces no tenía ya peones. Eran otros tiempos, tiempos de tractores y cosechadoras. Si no hubiese sido por la tristeza que daba ver a Benito en esa situación, diría que oír las salidas de tono y las expresiones ya en desuso de Benito hasta se hacían divertidas.

Se nos fue. Como vivió murió, gritando, bravucón y faltón. La víspera de morirse fuimos a visitarlo, justo abrió los ojos.

A los dos días celebramos el funeral. Siete curas concelebran la misa. Entre ellos, un obispo de Espronceda que ha pasado los 15 últimos años en Mozambique en las misiones. Ha venido una gran cantidad de gente. Como no se conocía en la zona desde muchos año, jóvenes y viejos, naturales y de fuera, ricos y pobres.

El día sin embargo es invernal. Llevaba ya dos meses sin llover, sin caer ni una sola gota. Hoy, sin embargo, la tormenta ha sido de las que pocas veces se han visto por este valle. Especialmente a la hora de trasladar el ataúd a la iglesia, ha comenzado a diluviar. Disimuladamente se han ido los congregados en busca de refugio. Medio minuto después no nos hemos quedado más que 10 amigos y familiares bien resguardados en los paraguas. El cura principal, el del pueblo ha pedido un paraguas, ante la reprobación con la mirada del cura joven que tenía al lado sufriendo la chaparrada estoicamente. El vendaval, los truenos, rayos, y tromba de agua no han parado hasta que se ha acabado la ceremonia.

Ha llegado el momento del sermón. Las palabras del sacerdote del pueblo, su sobrino, no han podido ser menos acertadas. No solo para los vecinos y bien conocedores de las andanzas juveniles del difunto, sino también para el resto de los congregados. El cura del pueblo anticuado y retrógrado no ha tenido mejor idea que recordar los tiempos pasados y olvidados de la guerra. Podemos tener la seguridad que nuestro difunto Benito está a la derecha de Nuestro Señor, ha comenzado el sermón, y está a la derecha, ya que durante su vida no ha cumplido más que con lo ordenado por Él. Y ha seguido alabando las fechorías realizadas por Benito y los suyos en nombre de Dios, subrayando que todo lo que Benito ha hecho en la vida ha sido en contra del comunismo y por el bien de la paz, la justicia y la religión. En los bancos de atrás, donde estaban los hombres se ha oído un murmullo, pero al párroco le ha dado lo mismo, ha seguido y seguido alabando el pasado de Benito.

Ni a los familiares más allegados se han sentido a gusto. El otro cura joven, también familiar del difunto, ha resaltado el carácter más humano de Benito, subrayando los últimos años de su vida, años de sufrimiento, paciencia y humanismo.

He sentido la muerte de Benito. Lo suyo ha sufrido el pobre Benito. Parece que la única que no se ha apiadado y no ha dado el brazo a torcer ha sido la naturaleza. Y yo en cierto modo me he regodeado y me he alegrado al ver que alguien no había olvidado los atropellos y barrabasadas de Benito. Terrible ha sido el momento de dar tierra al féretro, la tromba de agua caída ha sido imponente, el viento hacía imposible mantenerse en pie hasta los que sostenían las sogas. Una vez de vuelta del camposanto ha amainado la tormenta, el cielo se ha aclarado y hasta ha salido de nuevo el sol.

**22. Gabino**

Los únicos de nuestra edad que quedamos somos Fulgencio y yo. Desde que Felipe decidió trasladarse a Legazpia ya no es lo mismo. De repente Fulgencio me dice seriamente: “Mi ilusión es morirme y que me entierren en el camposanto del pueblo”.

¿Anda el otro?

¿A qué viene ahora esto? Bastante me importa donde me entierren. Nada más acabar la frase me vino a la memoria como murió el padre de Fulgencio. Fue hace años, en San Sebastián murió de neumonía que la había cogido en un funeral en Otiñano. Lo llevaron a un hospital especializado de San Sebastián para los enfermos de pulmón, hospital que lo había fundado Victor Acha Briones, médico que había nacido en Azuelo; pero no salió. Allí lo enterraron pues traer el cuerpo debía valer un dineral.

Con el adiós de costumbre nos hemos separado. Me he preparado una sopa de ajos, y me he sentado a leer un rato el periódico, que no lo había acabado por la mañana. He cenado y me he ido a la cama.

No puedo dormir. No tengo ganas de dormir, lo intento, pero no lo consigo. Hasta me duelen los ojos de tanto cerrar los ojos. Agotado al final parece que me he dormido. Vuelta tras vuelta en la cama, me levanto a tomar un vaso de agua. Pasa media hora, me tomo un vaso de leche caliente con la intención de tranquilizarme.

Oigo las campanadas de la torre como si estuviesen al lado. Las tres, las cuatro, las cinco. Retumban en mi cabeza, me traen viejos recuerdos, me detengo en ellos, pero sigo sin poder dormirme. Cuando parece que me he dormido oigo el kirikikiiiiiiiiiiii del gallo. No he pegado ojo.

Justo cuando más a gusto estaba, me despiertan los golpes en la puerta de la casa de al lado. Son las diez. Más a gusto no puedo estar en la cama, acurrucado, calentito. Me doy media vuelta y me duermo de nuevo. Las diez. No me puedo despertar, medio despierto, medio dormido me viene a la cabeza que es martes, quiero levantarme pero no puedo, un poquito más, otro poquito más y así van pasando los minutos. Me despierto de dos en dos minutos y pienso que ya estoy levantado, pero no. Sigo allí acurrucadito entre las sábanas calientes.

Se me ha hecho tardísimo. No tengo tiempo de hacer tostadas, ni tomar mantequilla. Me tendré que beber la leche de un sorbo si quiero llegar para cuando el médico no se haya marchado. Estoy bajando las escaleras cuando me tropiezo en la entrada de casa con Don Hugo, el médico que viene a verme.

* ¿Qué tal marchas Gabino?
* No he podido pegar ojo. No he dormido ni pizca.
* ¿A ver Gabino, qué tienes ahora, me ha preguntado el médico conforme atravesaba el dintel de la puerta.
* No estoy bien. Le he respondido ofreciéndole una silla para que se sentase.
* Entonces como siempre. No esta vez, parece que es de preocupar. Estos últimos días tengo un dolor extraño en la cadera.
* A ver, a ver dónde te duele. ¿Te duele aquí?.
* Sí.
* No parece gran cosa. Tómate cada día una pastilla de éstas.

Me ha despedido con la sonrisa de todas las semanas entre los ladridos de los perros de alrededor. Me da la impresión que no me ha dado más que un placebo. Las pastillas por no tener no tienen ni prospecto. Sin caja ninguna.

**23. Fulgencio**

El sueño de anoche me ha dado mucho qué pensar, amigo Fulgencio. Nos encontrábamos en un pueblo semejante a este, pero unos 60 años antes. Te acuerdas de la yegua Petranca, aquella que se nos murió de torzón, pues toda la noche me he pasado soñando con ella, y con las cosas de aquellos tiempos.

A las 8 de la tarde un grupo de niños, entre los que te encontrabas tú y mis hermanos, fuimos a por los caballos y las yeguas que estaban atadas en el campo. Benito llegó el primero a la fuente con su caballo blanco, pero el segundo fue mi hermano, con la yegua Petranca, te acuerdas de aquella yegua color ceniza, que volaba a las cuatro suelas. Aquel día que se nos murió me ha venido una y otra vez a la cabeza, convirtiéndose en una pesadilla.

Fulgencio no te da tristeza ver cómo se va cerrando una casa, luego otra, y otra, y así hasta ir quedándonos solos. Una muerte, la del vecino, otra más… cada día me entristezco un poco más.

Ha llegado el invierno, el frío se ha metido en nuestros cuerpos. Ni Fulgencio ni yo nos atrevemos a salir de casa. Las calles están desiertas, no se ve nadie, la lluvia, el viento dan un aspecto triste al paisaje. Estamos en febrero, comienza a nevar. Un día, otro y otro. El cielo está gris. Nos hemos quedado atrapados en una red gris-negruzca. Sigue la nevada, nieva copiosamente. Me entretengo viendo los copos moverse de un lado para otro, sin rumbo fijo, como si los copos flotasen en el aire, ha blanqueado, ya llevamos dos días con nieve.

Estoy preocupado en casa. De vez en cuando miro por la ventana, me parece que deja de nevar. Miro de nuevo pero no es así la capa blanca de nieve va aumentando. El nogal de enfrente, y la campa se han cubierto de nieve.

Después de comer a duras penas logro llegar hasta la casa de Fulgencio.

- Gabino, hoy no he pegado ojo. Me he pasado toda la noche tosiendo, me ha comentado Fulgencio nada más llegar a la puerta de su habitación.

- Coge un vaso de vino de la despensa. Uno para ti, y tráeme otro para mí, que tengo oído que un vaso de vino es lo mejor para los pulmones.

- Enciende también la radio, me ha dicho mientras se le resbalaban las lágrimas por las mejillas.

- No te preocupes, de ésta sales, le digo convencido.

Y así fue, una semana en la cama y otra sin salir de casa y Fulgencio le dio la vuelta.

Los dos nos hemos propuesto resistir. No hay un solo día que no salgamos de casa. Cuidamos de los huertos, los puerros, las patatas, las berzas… No faltamos ni un solo día al paseo. La cuestión es salir de casa con un pretexto u otro. Hoy nos está costando más que lo normal recorrer el kilómetro y medio aproximado, que andamos diariamente. Hemos dominado al viento, hemos realizado ya la mitad del recorrido. Doscientos metros nos supone un cuarto de hora pasado, pero resistimos.

Inesperadamente aparecen dos nubes negras por Sorlada. Hoy no nos libra nadie del chaparrón. Nos hemos dado la vuelta, pero ya es inútil. Grandes y redondas gotas nos caen encima. Han pasado cinco minutos y se desata el diluvio terrenal. Nos ha cogido de lleno. Nada más llegar a casa nos cambiamos de ropa al lado del fuego. Pero la gripe no nos la quita nadie.

De allí a dos días Fulgencio comenzó con un gran catarro. Había cogido la gripe. Aunque toma las boticas la tos no se le va. Voy todos los días a visitarlo. Hoy nada más subir las escaleras me ha comentado, Gabino, se acabó, de esta no pasa. Todo me sobra. Esta noche he tenido un buen sueño, hasta las calles estaban plagadas de babutas con sus crestas vistosas, como si de gorriones se tratasen. Nuestro pueblo, lo he visto como hace 50 años. Tal como lo dejaste cuando tuviste que huir. ¡Qué alegría, ver a los niños correr por las calles! La escuela llena, las calles abarrotadas de animales. La taberna llena, la iglesia a rebosar…

* ¿Te acuerdas?
* Claro que lo recuerdo, pero no te preocupes, todavía tendremos buenas ocasiones para recordar todo esto y muchas más cosas. Ahora lo que tienes que hacer es tranquilizarte y tomar las boticas.

Dos días después se puso mucho peor. No había forma de bajar la fiebre. El médico venía todos los días. Dos meses después a causa de una neumonía expiró. He estado a su lado hasta el último suspiro.

Desayuno, ando un poco, llega la hora de la comida, otro paseo por la tarde y sin darme cuenta llega de nuevo la noche. Sin hacer nada especial amanece otro día. De nuevo está encima otra primavera, llega otro otoño, y otro más. De vez en cuando, Francisca, me acerco aquel lugar hermoso en que disfrutamos los dos. Me siento al lado del árbol junto a la peña a recordar viejos tiempos, a recordar lo vivido entre los dos.

¡Qué tranquilidad, qué paz, qué sosiego! Vivir, disfrutar… y nada más.

**24. Final**

He leído de un tirón los papeles desordenados dejados por el tío-abuelo Gabino. No entiendo como en los papeles no aparece lo que tantas veces me repetía, aquella pena que tenía siempre presente, que Francisca no hubiese podido volver con él a vivir estos últimos sosegados años, todo lo referente a la política, tal como lo explicaba él, un nazareno republicano; pero con cuarenta años de vivencia en Chile… No pierdo la esperanza de encontrar en algún armario de la casa, algún cuaderno con estas y otras muchas cosas más…

Hoy he decidido darme un paseo por los lugares que más amaba el tío, he subido la cuesta, he cogido la senda por la que acostumbraba a ir a la fuente, la que tanta nostalgia le traía; la senda está impracticable, con abundante maleza. Tras mucho esfuerzo he llegado hasta la fuente, me he mojado la cara y he pasado las horas inmerso en los recuerdos contados por el tío, que no tienen mucho que ver con lo dejado escrito.